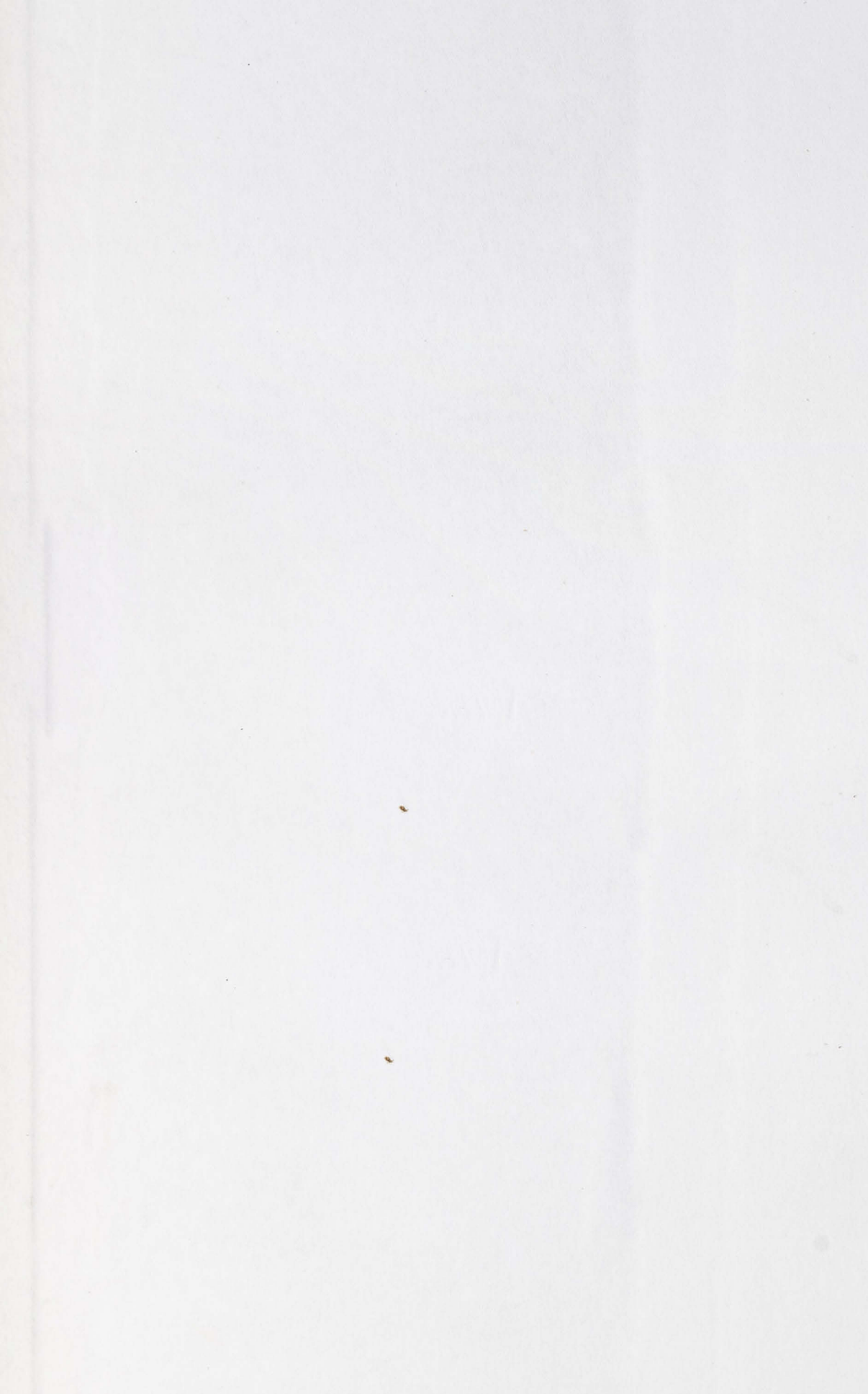


UNA EXPLORACIÓN A TRAVÉS DE LA INMORTALIDAD B. VICUNA MACKENNA

BMVM
983
V 640
1885
c2/F8

M
3
47escu
g
is



(42260)

BRUN

933

V647mm

1385

C2/FS

UNA ESCURSION A TRAVES DE LA INMORTALIDAD

UNA ESCURSION
A TRAVÉS DE LA
INMORTALIDAD

O SEA

REMINISCENCIAS DE LOS GRANDES HOMBRES
QUE EN EL CURSO DE MI VIDA HE CONOCIDO, EN EL NUEVO
I EN EL VIEJO MUNDO.

POR

B. VICUÑA MACKENNA

Octubre de 1885

5-9993

05993.



SANTIAGO
IMPRENTA DE "EL PROGRESO"
26—CALLE 21 DE MAYO—26
—
1885

UNA ESCURSION A TRAVES DE LA INMORTALIDAD

(A LA SEÑORITA MARÍA LUISA MANTEROLA GOYENECHEA)

EN AMERICA

“Les pays sont ses grands hommes”.—(*Lamartine.*)

I.

No sabemos hasta qué término pueda ser cierto para los demas el apotegma de Lamartine, segun el cual “los pais-
ses no son sino sus grandes hombres,” sentencia que el
gran poeta del siglo (superior en el lirismo a Byron y a
Víctor Hugo), hubo de pagar con la vida en un duelo,
cuando, como Dante, declaró en Florencia que el último
de los romanos habia sido Rienzi, tribuno del pueblo, como
Mazaniello en Nápoles.

Pero respecto de nosotros, que aprendimos de memoria
en la primera juventud ese dicho verdadero, porque es su-
blime, hémoslo reconocido como guía en nuestras conti-

nuas peregrinaciones por el ancho mundo y en nuestra propia casa, que es comparativamente estrecha y de suyo chica.

Y tan cierta y tan fija es esa lei de la inmortalidad en el espíritu humano, que lo que mas profundamente y mas de prisa interesa al viajero en las grandes ciudades antiguas o modernas, no es el desfile de sus grandiosos monumentos, sino las severas estatuas de sus hombres ilustres, sus moradas, las calles mismas donde, en la ciudad o en el campo, habitaron o nacieron. ¿Quién no ha visitado, por ejemplo, la casa de Miguel Anjel en Florencia? ¿O la residencia favorita de Voltaire en Ferney, a orillas del lago de Jinebra? ¿O el pequeño hotel parisiense en que, siendo joven, vivió Napoleon I, en la calle de las Victorias, de Paris? ¿O la concha de galápago que sirvió de cuna a Enrique IV, en el castillo bearnés de Paul? ¿O el severo sarcófago de Washington a orillas del Potomac? Las tumbas mismas devuelven así la vida de la inmortalidad a los grandes seres que, convertidos en deleznales cenizas, ahora las ocupan, siendo por esto hoy materia de nacional y merecida controversia en el Nuevo Mundo, el pedazo de plomo que se dice contiene, dentro de un muro de la catedral de Santo Domingo, el polvo humano de Cristóbal Colon, su descubridor.

¿La humilde mansion de Arturo Prat en Santiago no es ya, por ventura, escuela, es decir pórtico, para ser mañana santuario?

II.

No fuimos nosotros llamados a la vida, en un rincon remoto de este mismo mundo que comienza a orillas de la Atlántida de Platon, en días en que nos hubiera sido dable reconocer a su paso en el perenne desfile de la inmortalidad a muchos de los altos espíritus con quienes el hecho grande y memorable de la independendencia nos habia puesto, desde el primer albor de la existencia, en misterioso contacto de amor y de veneracion. O'Higgins habia muerto oscurecido, casi desfigurado, en Lima; San Martin desapareció en Bolonia como una sombra en la víspera del tiempo

en que llegábamos a su propia mansion a interrogarlo; los Carreras fueron estraidos del sitio maldito de su suplicio antes de nuestros póstumos careos; Manuel Rodriguez no yacia ya con su pecho agujereado por aleves balas en el rústico cementerio de Tilti; si bien a todos nos fué dado, en dias de jeneroso esfuerzo, levantar en el libro o en el mármol algun tributo de admiracion profunda por la fama de esos grandes hombres, columna de fuego que guía en lo alto las inciertas modernas edades. Quedaba así confirmada la creencia sagrada de la niñez y de la edad madura, esto es, antes de los innatos entusiasmos del alma, y despues, mucho despues, de sus irremediables desengaños. . . .

Las peregrinaciones antiguas de los creyentes al Santo Sepulcro, que en un tiempo armaron la Eúropa entera por el rescate de su tumba, no nos ha parecido por esto menos dignas de respeto que las cruzadas del alfanje al sepulcro de su profeta; y nosotros mismos nos sentimos hoi orgullosos de poder ser enumerados entre los hijos de esta estrechidad de los Andes (cuya cúspide central es el Chimborazo) que hayan ido a ponerse de rodillas en el pavimento de la humilde alcoba, en la cual, junto al mar Caribe, exhaló Bolívar su último suspiro en San Pedro Alejandrino.

III.

No fué por esto sin un indeleble sentimiento de veneracion que nosotros en nuestro propio hogar reconocimos el severo perfil del ilustre jeneral Zenteno, ya anciano, enfermo y casi trémulo en sus pasos, presidiendo, a la luz de candiles de sebo, la cámara de diputados en 1845-45; y así mismo sentíamos embargado de respeto el ánimo infantil cuando cada tarde veíamos atravesar por nuestro barrio, cercano a los tajamares, las venerables figuras de los jenerales Lastra y Calderon o del majistrado Echevers, tres hombres esencialmente buenos, es decir, ilustres, porque fueron esencialmente probos y pobres.

Análoga emocion apoderábase de nuestro pecho cuando, entrados ya en la entusiasta pubertad, nos encaminábamos a un rincon de la Chimba a oir de boca del noble y

fiel coronel Vidal, ministro de la guerra a la sazón, la lastimosa historia de los Carreras, de quiénes él fuera abnegado compañero en el destierro; o cuando sentados en el mismo humilde sofá de junquillo al lado del jeneral Las Heras, jeneral de tres repúblicas, sentámonos magnetizados por la mirada de fuego del gran soldado, al narrarnos las hazañas de San Martín y de sus lugar-tenientes en Maipo y Chacabuco; o cuando, por último, con el derecho que da la indulgencia a la juventud y al parentesco, escuchábamos en las tranquilas noches del invierno, al rededor del paterno bracero, la relacion de las proezas horóicas del jeneral Freire, contadas por él mismo con la naturalidad del alma y la indecible modestia de los verdaderos héroes; o todavía cuando, acojidos cada domingo a una hora fija (las cuatro de la tarde), en su solitario estudio y con incabable benevolencia, éramos recibidos, hace 20 años, para escuchar los últimos consejos y los últimos estímulos del venerable Bello, de cuyos hijos habíamos sido discípulos.

IV.

Es así mismo grato para nuestra remota y desasosegada niñez el recuerdo de haber visto entre las toscas prensas del VALDIVIANO FEDERAL, en la calle del Estado, envuelto en su ya envejecida capa de tribuno popular, al insigne Infante en el último año de su vida, o el haber contemplado con su traje peculiarísimo, afirmado a un pilar de sus corredores en la calle de la Catedral, al filántropo don Domingo Eyzaguirre, hombre Santo que hoy tiene por altar una estatua; o cuando, en remota niñez, solicitábamos y obteníamos el auxilio de un venerable prelado de la iglesia chilena, amado y querido de los niños como Cristo, que posee hoy también la inmortalidad del mármol, para encumbrar nuestros "volantines" en los amplios patios de su Casa de Ejercicios, en cuyo huerto más de una vez le encontramos orando de rodillas como a los patriarcas de la lei antigua.

V.

A todos esos hombres verdaderamente grandes conocí en mi patria, en medio de innumerables y pretenciosas

mediocridades que el falso prisma del éxito pasajero o del silencio estudioso y taimado coronaba de falsos relumbros, que la fosa niveladora no ha tardado en extinguir.

Pero no es ni de aquellos que fueron pocos, ni de los últimos, tan numerosos tal vez como las arenas de la playa en que escribimos, no es nuestro propósito por hoy hacer mencion en esta página de memorias porque ella seria demasiado estrecha, o trocaríase en tarea inútil duplicarla, despues de lo que otros por su fama han hecho, sino de los hombres verdaderamente célebres en el mundo, que en lejanos climas nos ha cabido en suerte encontrar en nuestro sendero o divisar siquiera en lontananza, como lampos.

Hácese así mas leve y talvez mas amena nuestra empresa, libre de controversias y de émulos, y es eso lo que pondremos por obra, sin agregar paises, ni condiciones, ni siquiera fechas, en un espacio de cerca de cuarenta años, que es mas o menos la duracion cabal de nuestra facultad de recordar con los ojos y con el alma.

VI.

En California, primera tierra forastera que nos fué dado pisar en prematuro destierro (porque despues, a su tiempo, vinieron muchos otros), no conocimos ni oimos hablar sino de enjambres de seres pequeños, encorvados en el rebusco y el afan del oro, siendo el hombre de mayor talla que personalmente conocimos un tal Martinez, que habia sido cocinero de una opulenta familia de Santiago, y que a este título nos dió de comer en San Francisco. Mas tarde volvimos a hallarle casi millonario en Nueva York, donde se habia hecho propietario del famoso hotel y café de la Casa Dorada (*Maison Dorée*).

VII.

En Méjico, que atravesamos de banda a banda, de Acapulco a Vera-Cruz, montados en recia mula y con el fusil

a la espalda en el espacio de cerca de doscientas leguas, la misma escasez, la misma esterilidad. Imperaba entonces en aquel país, tan desdichado como hermoso, un caudillo indígena, el jeneral Alvarez, llamado "el tigre del sur," del cual Comonfort, mediocre empleado de la Aduana de Acapulco en aquel tiempo, seria su teniente y favorito. Juarez era todavía un abogado oscuro. Miramon mandaba una compañía; al paso que Santa Ana, con su pierna quebrada, hallábase aislado en su casa amarilla, como su alma y como la fiebre, en bahia de la isla de Santo Tomás. En realidad, de todos los hombres conspicuos que dieron mas tarde celebridad y luto a aquella tierra, solo conocí algo despues al desdichado Maximiliano, a quien, siendo simple archiduque de Austria, ví un domingo en el paseo de Milan manejando airosamente un elegante *brequé* a cuatro caballos, en medio de las saluciones de sus súbditos, que él correspondia jentilmente sin soltar las riendas de sus briosos corceles. Un arte gimnástico, que es tan indispensable a los príncipes como a los soldados la marcha, es el arte de saludar.

VIII.

Pasé así, desconocido por entre desconocidos, por las tierras calientes y la alta meseta de Méjico. Pero no. En la ciudad mediterránea de Tepecuacuilco saludamos de paso a una chilena, una señorita Sanchez, de Valparaiso, que en aquel páramo tropical parecia reflejar en el límpido verde de sus ojos los campos de la amada, ausente, pero no olvidada patria. ¿Ha habido por ventura algun chileno que haya olvidado a Chile?

Algo mas tarde, un marinero chileno, que por picado de peste (esta marca casi universal de la imprevision de nuestras leyes) y por el—"¡patron!" del saludo, cantaba su nacionalidad, llevónos en su bote al castillo de San Juan de Ulúa. Este mismo paisano, que pertenece en esta revista a la série de los hombres que, siendo oscuros no son chicos, contónos que en la boca del Mississippi existian otros dos chilenos, marineros, como el almirante Monroy, de Cochrane y de Grecia, que se ocupaban de estos al parecer

incoherentes ejercicios: el uno de pescar ostras y el otro de cultivar camotes.

IX

Sucedió de esta manera que solo en Boston, esta Atenas del norte, segun llamánla sus propios hijos, saludamos al primer hombre que ha sido proclamado universalmente grande por su talento y por sus desdichas, a Guillermo H. Prescott, el historiador de Isabel la Católica y de Felipe II, de Hernan Cortés y de Francisco Pizarro.

Mr. Prescott, por un accidente del colejo, era ciego o casi ciego, como Gambetta, desde su niñez; pero a fuerza de perseverancia habia logrado, como Agustin Thierry, que sufrió igualmente largos años esa cruel enfermedad, escribir una série de admirables libros que hoi se leen en todos los idiomas conocidos. En su aspecto exterior, nada traicionaba su afliccion, y al contrario, era Prescott, hombre bellísimo, alto, de rostro plácido y hermoso, afable en su trato y vestido con suma elegancia, a estilo de *gentleman* inglés, y aunque frizaba entonces en los sesenta años, mostrábase todavía airoso y caballeresco en su porte y en sus maneras. Le visité en dos ocasiones en abril de 1853, y su cortesía conmigo, sin mas título que ser americano del sur en el gabinete de trabajo de un hombre del norte, llegó al punto de escribir en mi presencia algunos pensamientos con el aparato que le servia para suplir el uso de la vista, cuyo curioso manuscrito conservo todavía (no obstante continuas y villanas depredaciones) con orgullo. Deberé agregar aquí que don Andrés Bello manifestaba por Prescott una admiracion profunda y talvez escepcional.

Trabé así mismo un dia en Boston conversacion de visita con un hombre que tenia fama de grande, tan solo porque era chiquito, Teodoro Parker, un sectario, es decir, un ciego de alma, como Prescott éralo de la vista, que habia escrito unos cuantos volúmenes místicos de controversia teológica que nadie leia. Era calvo, meticuloso, mui pequeño de cuerpo, y por lo que preguntó de mi tierra, mostróse profundamente ignorante. Habia leído talvez a Ercilla o a Molina, traducido por Alsop al inglés, i no pude

persuadirlo, como monseñor Eyzaguirre al obispo de Siena en Toscana, de que yo no era araucano como Galvarino, Colipí o Catrileo, sino chileno como los hai de a ciento en carga. . . . El teólogo Parker me pareció, por consiguiente, el primer grande hombre chico que encontré en mi juventud. El célebre sabio bostonense, me miraba a cada momento de reojo a travez de sus gafas para divisarme talvez las indíjenas escondidas plumas, como el obispo italiano al clérigo chileno ya nombrado al poner visto bueno a sus dimisorias. . .

X

Llamado por la carrera en que me ensayaba; (que no era la teología), a conocer y a tratar hombres de letras o simplemente hombres de prensa, visité en los talleres de su imprenta [*La Tribuna*, de Nueva York] al célebre Horacio Greeley, que habia sido cajista, y obtuvo, algo mas tarde, varios millones de sufragios para presidente de la Union. Era entónces Mr. Greeley un hombre de 42 años, de rostro sumamente dulce, un tanto trabajado por las fatigas de las luchas que la pobreza impone a los que en sus propios zapatos viajan y suben; y aunque en aquella época era ya millonario, vestia como simple artesano, cubriendo su anticipada calvicie con un enorme sombrero de paja de la India. En el momento de presentarle un billete de introduccion se hallaba frente a una caja de tipos, esto es, junto a un *burro*, con un componedor de fierro en la mano, formando su galera, como el último aprendiz de la imprenta, y aunque su traje de obrero le habria hecho parecer a cualquiera un pobre diablo, casi un mendigo, convidóme a pasar el próximo domingo en su mansion de campo, que era un palacio, así como el del famoso dueño del no menos famoso diario *El New York Herald*, Mr. James Bennet.

XI

Era este último un anciano de cerca de 70 años en 1866, tipo escocés, seco y árido, pero con un aspecto de simplicidad.

en su trato y costumbres que le hacia atrayente. Tenia este hombre astuto, que llegó a Estados Unidos a pié descalzo, como el archimillonario Alejandro Stwart, tres palacios y otros tantos millones en oro. Su imprenta era un palacio, su casa en la Quinta Avenida otro palacio y su quinta en Fort-Washington, a dos leguas de la ciudad, rio Hudson arriba, otro rústico palacio. En esas tres réjias moradas ofreciéonos cordial y casi jenerosa hospitalidad, poniendo desinteresadamente su poderoso diario al servicio de Chile, sin exigir la menor retribucion. Su mujer, que era escritora, y fumaba cigarrillos, se contentaba con algunos ramos de flores entrelazados con atados de cigarros simulando camelias, trabajados por las espertas manos de las floristas norte-americanas, que en este arte hacen cosas verdaderamente primorosas. El único hijo de ambos, el hoi opulentísimo y simpático James Gordon Bennett, que viaja a Europa en sus propios vapores y ha tendido un cable a través del Atlántico para su propio uso, era en aquel tiempo un muchacho un tanto rudo, pero franco, varonil resuelto, dejando ya entrever muchas de las levantadas cualidades que hoi le han hecho popular. El dia que pasé en su quinta de campo, Mr. Bennett, padre se entretuvo todo el dia en jugar con un loro de Sumatra. Era domingo. Al siguiente dia y toda la semana y todo el año, lo ví entretenerse en la ciudad con otro loro, es decir, con su diario.

XII.

Conocí tambien en Boston al célebre filósofo y pensador Emerson, que nos hizo el honor de una espontánea y cortés visita en el hotel Tremont, donde nos hallabamos hospedados en el verano de 1866 junto con mi antiguo y querido amigo Maximiano Errázuriz. Era Mr. Emerson, como Prescott, un hombre de sesenta años, alto, pálido, delgado, de fisonomía tranquila y tenia un aire un tanto distraido, aire de filósofo. Parecia hombre de pocas palabras, un tanto "fríon," y en el conjunto de su persona el ilustre autor de los *Hombres representativos* (segun el cual cada hombre encarna una época), ofrecia una notable semejanza

física con el publicista colombiano don Florentino Gonzalez, que por el año 1860 fué nuestro huésped en Chile.

XIII.

Otro hombre altamente reputado en Boston era por esos años Mr. Andrews, gobernador del estado (Massachussetts) a que aquella noble e intelectual ciudad sirve de capital y casi de santuario. Era "governor Andrews" (que en Estados Unidos cada cual que ha tenido oficio conócese solo por su título oficial y los demas por el alfabeto interminable de las iniciales de sus nombres), era, decíamos, el gobernador de Massachussetts durante la guerra de la gran rebelion, un hombre exesivamente chico, blanco y gordito, con una bonita cabeza rizada y un rostro blando de facciones tan delicadas que, con cualquier difraz, lo habrian tomado por mujer. Pero durante la terrible lucha reveló una formidable enerjia, y lo que era harto mas difícil y mas raro, una inquebrantable integridad. Mostróse mui adicto a Chile, y murió poco después, para ser sucedido en su curul de majistrado por uno de los mas grandes bribones de estos tiempos, el notorio Ben. Buttler, el de las cucharas de plata de Nueva Orleans y el de los cañones de fierro de Valparaíso, que pasa todavía entre los confederados del sur como el Hainau austriaco, azotador de mujeres.

XIV.

No alcancé la fortuna de conocer en la Atenas del Norte ni a Ticknor, íntimo amigo de Prescott y autor de la vida de este historiador eminente, ni a Longfellow "hombre largo" (y era corto), que vivian en Boston, y a quienes, entre otros, el bondadoso Mr. Prescott citó una noche a su casa para honrarme con su conocimiento, invitacion que un cruel resfrío, tributo de inesperto viajero, en la fríjida ciudad calentada artificialmente, desbarató con harto dolor mío. Pero en Nueva York en mas de una oca-

sion estreché la mano del poeta que con el inspirado Longfellow disputábanse, unidos empero por noble amistad personal, desde hacia treinta años, la palma de los aplausos en los juegos olímpicos del laud.

Era Cullen Bryant, un respetabilísimo anciano, de cabeza y barbas blancas como la nieve, tal cual pinta el arte y la tradicion a los antiguos bardos escandinavos, al paso que su alma respiraba juvenil entusiasmo, así como su palabra y sus jenerosas acciones. Fué en la guerra con España uno de los mas ardientes amigos de Chile, por la sola razon de que el último era el débil i el agredido; pero desgraciadamente un golpe, al abrir una puerta, le mató poco mas tarde. Longfellow le sobrevivió diez años.

XV.

Era la época de que hablamos la del final de la guerra de rebelion de los Estados Unidos, comenzada en 1861 y terminada en 1865, tiempo de guerra en todas partes: guerra en Chile, guerra en Méjico, guerra en el Paraguai, guerra en Alemania (Sadowa), guerra en Italia (Lissa y Custozza), guerra en todo el mundo; y conforme a la teoría de Emerson, debian brillar por todas partes sus hombres representativos. Y, en efecto, nosotros conocimos desde su iniciador, el mayor Anderson, que mandaba el fuerte Sumpter en la bahía de Charleston, cuando el jeneral Beauregard disparó el primer cañonazo contra esa leal fortaleza en abril de 1861, hasta el jeneral Grant, que quemó sus últimos cartuchos en torno a Richmond. Parecióme el primero un hombre sencillo y en extremo modesto. Era ya jeneral, pero entró a un ómnibus como cualquier hijo de vecino, y con talante demasiado humilde para ser iniciador de una lucha en que pelearon cuatro millones de hombres y durante cuatro años incesantemente.

XVI.

Algunos años antes habia yo conocido en Nueva York al famoso jeneral Winfield Scott, el hombre representati-

vo de la guerra americana contra los ingleses en 1812 y en la guerra contra los mejicanos, 1846, héroe de cien batallas, desde Chipewa (1814), en los lagos del Canadá, a Churubusco, en las puertas de la ciudad de Moctezuma (1847). Su aspecto era el de un titan. Tenia a la sazón (1853) cerca de setenta años, pero se mantenía recto y macizo como los troncos de uno de esos árboles gigantes que hoy se admiran en los bosques de California y de Australia, donde alcanzan a la altura de 500 piés (¡cuadra y media!)

Mi asiento de mesa en el hotel *Metropolitano*, de gran celebridad en esa época, estaba frente al suyo, y no cesaba de mirarle admirando su aspecto de soldado y su excesiva llaneza de *gentleman*, aun para comer. Poco se cuidaba el jeneral de los utensilios destinados a suplir los dedos, y esto era entonces comun en Estados Unidos, aun para reemplazar en ciertos actos el pañuelo en las narices y la servilleta en los labios. Por lo demás, era un hombre venerable, i cuando le nombraron para llevar la guerra a su nativo estado de Virginia, puesto en armas contra la Union, retiróse a morir exclamando:—"Dejadlos ir en paz!"—expresion que le costó su popularidad entre todos los Estados del norte. El ilustre Lee, el verdadero jenio militar de aquella guerra, virjinio como él, condenando la rebelion, pero fiel a la bandera de su suelo, fué mas franco y mas resuelto, porque desenvainó la espada por Virginia y consumó por ella hazañas inmortales.

Por un raro caso cúpome asistir, en cierta manera, a la muerte del jeneral Scott, porque, hallándome de visita en la Academia Militar de West Point, que es uno de los lugares mas pintorescos de aquella rejion, a orillas del rio Hudson, no lejos de Nueva York, al llegar a una série de aposentos privados, alguién me dijo torciendo el camino:

—Venid por aquí, pues en esa pieza está agonizando el jeneral Scott.

Y en efecto, en ese mismo día (abril de 1866), el gran guerrero espiró. Recordaremos aquí tambien que la nave capitana que trajo al jeneral Carrera de Estados Unidos en 1817, llamábase en época tan lejana *El Jeneral Scott*.

XVII

Naturalmente, y como la guerra civil a cababa de terminar en mi último viaje a Estados Unidos, hube de conocer a muchos de sus mas famosos vencedores: a Grant, que se me presentó solo como a una estatua de carne y a Sherman, que me pareció por su figura la encarnacion del jenio. Era éste un hombre alto, bien compartido, de semblante un tanto melancólico y pálido, boca enérgica, frente sublime, dentro de la cual el pensador vivia en desahogado consorcio con el caudillo, el espíritu junto con la accion. Halléme presente en la acojida pública que el Congreso le hizo al regresar de sus victorias, y especialmente de su gloriosa marcha en mas de 500 leguas desde el Mississipi al Potomac, con mas de 100,000 hombres, y cuyo explorador a la cabeza de 14,000 caballos, fué el valiente Kilpatrick, muerto en Chile. Nunca he visto una recepcion mas calorosa, mas espontánea, mas noble. Todos los diputados, puestos de pié, batian las manos, y levantándose el presidente de la Cámara Colfax, le ofreció su propio asiento, que el vencedor, pronunciando una pocas palabras de gratitud, rehusó, sentándose a su lado.

XVIII

Me pareció el jeneral Sherman en esa ocasion, y en todas las de su vida militar, sumamente simpático. No así el jeneral Grant, a quien sus compatriotas, por disimular su taimado mutismo, han dado en llamar "Guillermo el silencioso." Era este último en 1866 un hombre de cuarenta años, de poco cuerpo pero fornido, colorado como una grana, ojos pardos, entre cejas tupidas, que revelaban la obstinacion, callado como una banca, porque observé en un baile (*reception*) dado en su honor en Washington por el presidente de la corte suprema, Salomon Chase, que aun que muchos le dirijian la palabra, a nadie contestaba. . . .

Para mí, el jeneral Ulises Grant fué un hombre repre-

sentativo de su época, en el sentido que encarnó la fuerza del bando bajo cuyas banderas valientemente militó. El sur nunca llegó a tener, ni con mucho, sobre las armas mas de 600,000 soldados, y el norte dispuso de cerca de 3.000,000; por manera que echando sobre las siempre escasas tropas de Lee, de Jackson Stonewall y de Sidney Albert Smith (muerto éste en batalla como Stonewall, y de quien Jefferson Davis ha dicho que fué el verdadero jenio militar de la guerra, en injusto agravio de Lee), era natural que los mas, viniendo siempre en masas sucesivas e inagotables, habian de aplastar a los ménos; y esto fué precisamente lo que aconteció en las carniceras batallas de las Solledades (*the Wilderness*), en que Grant, abrumandose siempre a su impertérrito rival, perdió 30,000 hombres desde el 5 al 30 de mayo de 1865, precipitando así la caída de Richmond. Si Grant fué, (a nuestro juicio, porque nosotros decimos solo lo que pensamos, *a la yankee*), si Grant fué un jeneral elefante, Sherman fué un jeneral águila y Sheridan un jeneral halcon. Este último, como se sabe, es hoi el jeneral en jefe del ejército de los Estados Unidos.

Por mas que se diga, todo lo que ha revelado Grant en su carrera ha sido porfía y silencio. Por callado habria sido un hombre grande en Chile, sin que nadie se atreviese a disputarlo; pero analizada su vida militar, nada ha sido mas lójico que su posterior desprestijio y su ruina, no como soldado sino como hombre. ¿Ha podido decirse otro tanto de Sherman, de Sheridan y de Mc. Pherson, que, segun la opinion del Norte, formaban con Grant el cuadrilátero de sus grandes jenios militares?

Que el frío criterio de la historia suceda al ruido pomposo de la muerte, y se verá.

XIX

En la guerra de la gran rebelion tomaron las armas en ambos bandos no menos de tres millones y medio de soldados, de los cuales 2.700,000 pertenecian a los ejércitos del norte, y de ellos murieron 280,000, cayendo de éstos en los campos de batalla 96,000 y en los hospitales 184

mil. ¿Y cómo con semejantes pedestales, parecidos a los de Tamerlan, no habrían de levantarse cien colosos?

De estos últimos conocí yo principalmente a dos que ejercieron en mi ánimo imparcial una atracción poderosa: el jeneral Meade, el salvador de la Union en Gettysburg, cuando Lee, despues de haber pasado por segunda vez el Potomac, marchaba victorioso sobre Filadelfia y talvez sobre Nueva York, quebrando la Union en dos trozos. Fue esta batalla la mas famosa y decisiva de la Union. Duró tres dias en una llanura abierta, y en ella sobre 165,000 combatientes (Lee 75,000 y Meade 70,000), quedaron 40,000 hombres en el campo de batalla, y de éstos 23,000 federales. Pero la rebelion encontró allí su Waterloo; y en efecto, por el número de las tropas, la naturaleza del terreno y sus resultados políticos, el sangriento campo de Gettysburg fué para la rebelion lo que la última gran batalla del primer imperio napoleónico para la fatigada Europa.

El jeneral Meade, nacido por casualidad en Cádiz en 1804, era un hombre de mui buen aspecto: sus bigotes grises cubrian su boca un poco desprovista de dientes, y todo en él era de una sin igual modestia, casi de apocamiento. El jeneral Thomas, a quien antes aludimos, que físicamente parecia su contraposicion, y habia hecho su carrera y su fama en el Oeste, era la efije verdadera de los cíclopes que yo habia visto pintados en los cielos de uno de los palacios de la casa de Este en Italia. Su rostro, siendo mui hermoso para un hombre de guerra, recordaba a lo vivo el del leon, y cuando marchaba sobre el espeso tapiz de los salones de Washington, parecia ir desgarrándolo, como si sus pequeñas espuelas de oro fueran garras. En mi vida habia visto un tipo mas arrogante, mas soberbio, a la par que simpático, ni mas cabal de soldado. Con escepcion del jeneral Las Heras y tal vez del mariscal Mac Mahon, no creo que en las batallas de mediania del siglo XIX (siglo mas batallador que ningun otro siglo conocido), se haya presentado, a pié o a caballo, un tipo mas marcial. El jeneral Thomas debió parecerse mucho a Bueras y tal vez a Freire, "el lindo Freire," segun lo llama Juan José Carrera en una carta que conservamos inédita, cuando a los veinticinco años era aquel capitan de caballería. El jeneral Thomas era un Dios Marte, nó en pintura, sino en carne.

Habia yo tenido ántes ocasion de tratar personalmente al mas cercano compañero en glorias(no así en fortuna) del jeneral Thomas, al jeneral Rosecranz, jeneral de Chata-nooga, quien, viajando de regreso de California, habia navegado ocho dias conmigo en el Atlántico. Lo que mas nos llamó la atencion en este caudillo poco afortunado, era su devocion. Siendo de estirpe alemana, tipo hebraico, pero ferviente católico, se hincaba en la cubierta del vapor *Henry Chauncey* en la mañana de los domingos, entre los soldados y marineros de proa, y en esa actitud, casi en éxtasis, cubierto con el grueso capote azul de su uniforme, que le daba los aires de un monje de la Edad Media, pasaba una hora entera murmurando sus plegarias, sin hacer la menor ostentacion de piedad. Por su fé, el jeneral Rosecranz era el Stonewall del Norte. Era hombre franco, afable, caballeresco; hablaba de sus desgracias militares con dulzura y parecia profesar al jeneralísimo Grant cierta aversion, no solo profesional, sino íntima, la misma que con poca magnanimidad le ha mostrado hace poco negando su voto a un compañero de armas que, como él, era ahora desgraciado, y que se trataba de llamar al servicio militar y a su sueldo que habia perdido para ser dos veces presidente de su patria.

XXI.

En el órden naval, cúpome tambien la suerte de estrechar la mano del mas ilustre almirante de la Union del Norte, de Farragut. Es imposible que el hecho y las apariencias respondan menos a los lineamientos de la imaginacion que la figura de aquel héroe que ántes de morir, recibió las ovaciones de toda la Europa, incluso la de sus mas orgullosos reyes. Hijo de un pobre catalan, tenia Farragut la figura humilde que nosotros hemos visto mil veces en Chile tras de la puerta de un despachero gallego o extremeño. Era chico, "huatoncito"

(perdóneseme la palabra porque espresa mejor la imájen total que otra alguna), moreno, un poco narigon, de ojos vivos y tan negros como sus dientes eran blancos y los mostraba graciosamente al sonreirse. Toda su espresion hallábase localizada, en consecuencia, en sus ojos y en su sonrisa que era sumamente atrayente y bondadosa. Nunca ví un hombre verdaderamente grande que en su busto lo pareciera ménos. Era un Nelson en su bravura, y sin embargo habria podido pasar por un sacristan de las Claras o de las Capuchinas de Santiago. Nunca diseñóse delante de mi retina un héroe verdadero con ménos atributos físicos de tal, y aunque apenas podia imaginarme que ese era el hombre que habia entrado a Mobila amarrado al palo mayor de su fragata almirante (la *Hartford*) para mejor dominar el campo de la terrible batalla en que el espolon y el torpedero hicieron su primera y espantosa aparicion.

XXII.

En el arsenal de Brooklyn habia conversado tambien con otro héroe naval de los Estados Unidos, el capitán (hoi almirante) Worden, que llevó el primer *Monitor* al combate con el *Merrimack*, trabando el primero y terrible combate de blindaje contra blindaje, en aquella guerra fecunda en los inventos de la muerte. La semejanza del capitán Worden con el jeneral chileno Escala me pareció notable. Por una rara coincidencia, conocí tambien al capitán Catesby Jones, que era segundo del *Merrimack* el dia de la famosa batalla. Referíame este último gráficamente los detalles del encuentro, tales cuales los habia presenciado a bordo de su buque, exactamente como el teniente Green, segundo de Worden, acababa de contar los del *Monitor*. El comodoro Jones vino a Chile en 1866, contratado para servir en la guerra, pero como en realidad se trataba mas de paz que de guerra en esos tiempos, volvióse a su casa en Mobila. Este valeroso oficial científico tenia un dedo volado en una prueba de fulminante en el arsenal de Washinton, y allí le habia conocido en 1853. Caso curioso, pues encontrándolo otra vez, tres años mas tarde, reconocíle

solo por esa misma circunstancia, pues su fisonomía de subalterno se habia borrado totalmente de mi memoria.

XXIII.

No en la cubierta de un monitor de fierro sino en los blandos y festivos estrados de Santiago, llevando airoosamente en sus brazos dulces beldades, ninfas del vals, conocí tambien al renombrado Cushing, mozo temerario que echándose a nado entre las olas, como si fueran éstas las cadenciosas ondas de la danza, voló con un torpedo un fuerte acorazado rebelde, hazaña que le valió un voto especial del Congreso y dos grados a la vez en la parsimoniosa marina de Estados Unidos. El ex-teniente y mas tarde *comander* Cushing, era un muchacho alto, barbilampiño, rubio y de larga melena peinada hácia atras, y cuando ejecutó su hazaña no habia salido todavía de la menor edad. Tenia el joven marino algo de vago y de selvático en su rostro casi infantil, y en efecto, a los pocos meses de haber dejado a Chile, murió loco en Washington. Cuando le conocimos nosotros era huésped del jeneral Kilpatrick, y a éste mismo le vimos muerto, recostado en su lecho, vestido con su medio uniforme azul (1881), como un combatiente que descansa despues de la batalla, sonriente y plácido, tras de larga y cruelísima enfermedad valerosamente sobrellevada. Kilpatrick como diplomático era un niño; pero como soldado de caballería habia conquistado el mismo renombre que Cushing en el mar. Ambos fueron dos adalides, y ámbos demasiado jóvenes desaparecieron.

Tipos de buenos soldados me imaginé tambien fueron los jenerales (que en Chile llamábanse antes de *la pavana* y ahora *cucalones*) Banks y Logan, presidente el primero (hombre de pequeña talla y ojos estraños, color verde esmeralda) de la comision de negocios estranjeros del Congreso, en el que hacia altísimo papel, y el otro actual candidato derrotado a la vice-presidencia de los Estados Unidos con Blaine. El jeneral Logan (hombre mui popular) es un indio de Norte-América o parece serlo por su tez oscura y su mirada de fuego. Y de esta misma es-

tirpe creíamos debía ser el famoso historiador Bancroft, anciano moreno y flaco, como el que mas, a quien en una sola ocasion vimos en la librería de Appleton en Nueva York.

XXIV.

Conoci o mas bien divisé, así mismo, un grupo de políticos y politiqueros de Estados Unidos que, a decir verdad, me interesaron mucho menos que sus hombres de espada.

Presencié, en efecto, la entrada triunfal del presidente Franklin Pierce cuando, viniendo de su ciudad natal, donde era un abogado mediocre, a ocupar su asiento de presidente democrático de la Union (el penúltimo presidente de su partido ántes de Cleveland) pasó por Nueva York, en junio de 1853, en medio de una lluvia de verano que lo puso como una sopa en las anchas aceras del Brodway. Era un hombre pálido, de cabellos escepcionalmente negros y crespos, de suerte que, fuera de estas apariencias de raza de hombre bien nacido y bien educado, no dejaba ver otra cosa, y así en cuatro años de gobierno no fué otra cosa. Llamóme entónces y ha seguido llamándome mas tarde vivamente la atencion la mediocridad y a veces la completa nulidad intrínseca de los presidentes de los Estados Unidos, a muchos de los cuales acontece que cuando se van de la Casa Blanca (como si fuera de la Moneda) a su propia casa, nadie les rinde culto, ni siquiera se oye hablar mas de ellos, ni en mal ni en bien.

—¿Por qué no han hecho ustedes, decia yo en un círculo de Boston en el otoño de 1853, por qué no han hecho ustedes presidente a Daniel Webster, cuyo busto de titan, recientemente muerto, veíase en aquel tiempo coronado de flores en todos los salones?

Y una señorita bostonense, tan bella como espresiva, que me escuchó, como si hubiese sido una pitonisa me contestó al punto:

—Era demasiado grande para ese oficio. Es preciso, añadió, que los presidentes de las democracias sean mas o

menos nulos para que en torno suyo se junten todas las mediocridades en una sola, sin celos ni envidias para nadie, ni entre ellos mismos.

XXV.

Y talvez la sacerdotisa de Boston tenia razon, porque algo mas tarde conocí en un besa-manos (que en la Casa Blanca son aprieta-manos) al presidente-sastre Andres Johnson vestido con una levita que parecia cortada por sus propias tijeras de remendon de aldea y le llegaba (en un dia de recepcion obligatoria de frac) hasta las corvas.

El presidente Johnson era un tipo. Gordo, ancho de hombros, sumamente moreno, musculoso y recio de miembros, y tanto que cuando me pasó la mano como a los demas y apretó fuerte, me pareció que habia intentado atracarme no sus medidas... sino sus tijeras. En cambio su célebre ministro Seward (que ese me las tomó de veras y de cuero, queriendo meterme várias veces a la cárcel) era chico, bien chico, con su cara blanca y arrugadita, ojos como cuentas azules y chispeantes; al paso que uno de sus rivales, el famoso y rechazante Benjamin Buttler ya nombrado, y hasta hace poco gobernador del culto y riquísimo Estado de Massachussets, causaba indecible impresion de disgusto al encontrar su vista glutinosa como la de las cuculebras, mirando desde adentro de sus gruesos párpados, que caian blancos e hinchados sobre sus mejillas, como si fueran los de un viejo chacal adormecido.

De mui distinto aspecto, en su porte despejado y su larga barba hasta la cintura, era el famoso ministro de la guerra de la administracion Lincoln, Mr. Edwin Stanton, jenio terrible, derribador de jenerales y de ejércitos, hombre de estraordinaria enerjía, brutal en sus modales, pero que salvó a su pais con su arrojo en las responsabilidades y su espartana honradez personal. Su colega en la marina, Mr. Gilles, con su escesiva flacura y su barba blanca, era su antítesis: un santo al lado de la orgullosa personificacion de Luzbel en la rebellion de Milton.

XXVI.

Entre otros hombres civiles de la Union llamóme la atencion mi propio carcelero, que habia sido candidato a la presidencia, que entonces (1866) era fiscal, y de cuyo nombre no quiero acordarme, talvez por pertenecer a los de los hombres chicos. Esta falta de memoria no nos impide sin embargo recordar el del sucesor y yerno, un tal Courtney, mozo chico y salvaje, que cuando alegaba conmigo y contra mí en la corte nunca se dirijia a ésta sino montado a caballo en el respaldo de una silla de palo, la que manejaba con suma destreza como si hubiera sido un experimentado amanzador... de silletas o de silletazos.

En oposicion a este grotesco personaje, que heredó ese alto puesto porque su suegro moribundo pidió este favor al presidente de la época (como si esto hubiese acontecido en Chile), en oposicion, deciamos, a ese fiscal interino y jinete, el presidente de la Corte Suprema de la Union, Salomon Chase, tenia una de las figuras mas arrogantes de su nacion, en la cual jeneralmente los hombres son altos y bien apersonados. Pocas veces he visto un majistrado que llevase con mas dignidad su porte de rei-juez, y si alguien le hubiese puesto en la cabeza una corona no habria sido Chase sino simplemente "Salomon". Era un rei que administraba justicia como en Israel.

Tenia ademas una hija, la encantadora miss Chase, que muchos habrian querido partir en dos para dejar medio contentos a sus mil adoradores. Al menos esto pensaba alguien, cuando, teniendo ella a un lado, en las galerías del congreso, al ministro de Chile, el dia de la recepcion pública de Sherman y al otro a cierto ajente confidencial, el ministro habria deseado ser confidente y el último cualquiera cosa... En cuanto al presidente Colfax, que dirijia la sesion de aquel dia con su mazo de palo, me pareció un habilísimo y activo martillero, que mas tarde perdió, sin embargo, su crédito en los negocios para morir hace poco (mayo de 1885) sin reputacion i sin amigos.

Jeneralmente, los hombres notables de los Estados Unidos, son *self made men*, segun se llaman a sí mismos por-

que por sí mismos se hacen hombres encumbrándose al poder, al prestigio y a la fama por alguna cualidad sobresaliente del espíritu, por la perseverancia, por la audacia o a virtud de innato jenio. Pero tampoco faltan en los Estados Unidos los hombres estatuas, los hombres callados, los hombres rutina que, dejados por la escasez de sus facultades tras de la puerta, la muchedumbre inconsciente e imbécil que pasa en tropel, llévaselos por delante y los va poniendo encima de todos los puntos culminantes que ataja su desalada corriente. De esta índole me pareció un tal Montgemery Blair, a quien en aquella época lo encontraban bueno para desempeñar todos los ministerios y a la sazón ocupaba el puesto de *pos master general*. Era un tipo de la insignificancia silenciosa y de la insuficiencia oficial, como se han visto a puñados en nuestros ministerios, despues que éstos han sido barridos por el viento o por la escoba. Alto, bien vestido, seco, llevando siempre frac, incapaz de consejos sino en mosílabos y tenido en consecuencia como un oráculo por... los tontos. Ese era Montgomery Blair.

XXVII

Existia tambien en mi tiempo (1853) una verdadera colonia sud-americana, árbol de injerto en el semillero vivaz de Nueva York, y sobresalian entre esos retoños del destierro el jeneral Herran, los tres hermanos Mosqueras (un jeneral, un arzobispo y un diplomático), el poeta y caudillo Julio Arboleda, todos hijos proscritos de Nueva Granada y formando una sola familia. El jeneral Paez y el escritor Nadal (despues redactor del *Mercurio*) eran desterrados de Venezuela; el guatemalteco Irizarri lo era de todas partes. Y así contábanse otros muchos de menor cuenta, como Antonio Ferro, jóven bogotano de hermosas esperanzas que la muerte no hace mucho ha tronchado, y el ilustre escritor Torres Caicedo, que a la sazón habia ido al norte a estraerse una bala alojada en su cuerpo (que no era grande) en un lance de honor, o mas bien, de política, que suele ser la negacion del honor.

XXVIII

Formaba el núcleo del grupo peruano de la pequeña colonia sud-americana en la vasta y ajitada masa norte-americana de la ciudad de Nueva York en esa época (1853), la señora Anjela Tracy, amable limeña, casada con un terco yankee, y la interesante familia hija de aquel enlace, a la que por esos días se habian agregado dos preciosas niñas. Fué una de éstas la señorita Adelaida Larrañaga, retrato acabado de la verdadera limeña: mórbida, delgada, un tanto pálida, de cútis y ojos de terciopelo, hermosa como un ángel, graciosa como . . . una limeña. Por ser fiel a su primer amor en su hogar, rehusó la mano de un cubano millonario, llamado Iznaga, que hoy luce con esplendor sus millones, y volvió a Lima a cumplir sus votos, haciéndose esposa feliz y madre de nobles hijos, fieles como ella. Su primojénito tomó las armas y cayó en el sangriento campo de Miraflores para ser llevado a prematura tumba encima de su broquel. Causónos esta desdicha un dolor sincero, porque las simpatías de la juventud suelen prolongarse mas allá de todas las animosidades humanas, especialmente cuando es una madre la que llora.

La otra niña, que parecia el extremo opuesto de la melancólica desposada, viva, retozona, espiritual y coqueta, era hija de un mercader italiano. Su nombre era el de Olivia. Tenia una voz divina, y fué la misma notable artista que con el nombre de Sconcia encantó diez años mas tarde a Santiago, interpretando maravillosamente, y mejor que ninguna mujer que haya pasado los mares en direccion de estas playas, a Margarita Gauthier en *La Dama de las Camelias* (*La Traviata*).

XXIX

Los representantes de Chile éramos solo dos, porque el arte, o como es mas exacto decir, la pasion de los viajes, mas allá del Mapocho o la Alameda, se hallaba por esos años de las onzas de oro, en ciernes en Santiago. Pero co-

mo si la represa se hubiera desbordado de repente, llegaron casi a un tiempo una docena de "paisanos", título por el cual nuestros compatriotas se conocen entre sí en el viejo mundo, como en el nuevo eran *cumpas*. El digno señor Larraín Gandarillas, entónces simple clérigo, hoy prelado, con varios de sus hermanos y sobrinos; los dos hermanos Tocornal; don Manuel Beauchef; los señores Francisco Echeverría y R. Undurraga, todas aves de pasaje en camino hácia la Europa, figuraban entre los recién llegados. Desde entónces, y con sobrada razón, Nueva York se hizo ántes de la horrible edad del mareo austral dentro de los crueles vapores del Estrecho, la posada obligada, el agradable Curacaví de los chilenos en la mitad del largo y fatigado camino de los dos mundos.

XXX

Volviendo a la colonia colombiana, que era con mucho la mas numerosa, porque era colonia de desterrados, semejante a la que fundó a Venecia en las lagunas, su jefe ostensible, el jeneral Herran, espulsado hacia poco de la presidencia de su patria, parecióme un hombre sério, firme, honrado y valiente, porque era modesto, siendo su físico, salvo el aditamento de las canas, un perfecto trasunto del caballero de la Mancha. Vivía con su suegro, que era mucho menor que él, el famoso jeneral Mosquera, a quien, a su vez, tomé por uno de los mas jenuinos trasuntos de los caballeros errantes, cuya vida solía leer don Quijote, "pasando las noches de claro en claro y los dias de turbio en turbio". Era Mosquera una especie de enjuto Amadis de Gaula o Tirante al Blanco, que tenía la pasión y la manía de las hazañas militares, hasta que en Cuaspud (1862) el jeneral Flores lo curó radicalmente de su locura.

Pasaba el jeneral la mayor parte del dia escribiendo con estilo de plomo, como las balas, sus memorias, si bien nos parecia que don Antonio José de Irisarri, su vecino de barrio y comensal de su casa, desempeñaba allí el oficio de Voltaire en Postdam.

XXXI.

De sus dos hermanos, el arzobispo, desterrado por el rojismo come-clérigos (que éste es el principal apetito de esa secta), parecia un sujeto grave i tranquilo, físicamente mui parecido al eminente obispo Salas, este batallador místico, nacido a orillas del templado Cachapoal, de ponderadas aguas como el Jordan, con una alma y un aspecto que recordaba a los trópicos, bajo cuyos rayos el tranquilo arzobispo de Bogotá habia pasado sus dias y recibido la primera imposicion de las tijeras. Eran dos prelados ilustres que habian nacido con las mitras i los climas trocados.

XXXII.

Habitaba tambien a la sazón en Nueva York el caudillo e insigne poeta Julio Arboleda, cuyo poema épico, *Gonzalo de Oyon*, mui poco conocido en Chile, es uno de los monumentos mas conspicuos del jenio y de la lengua de la América latina.

Como carnadura y formas físicas, era aquel mozo un antítesis de sus deudos los Mosqueras, porque su fisonomía profundamente acentuada, encendida, con una nariz abultada y con las líneas del pico de las aves bravas, caracterizaba al hombre de combate. Dicen que fué cruel, cruelísimo en la guerra, y por esto sus adversarios y parientes, no contentos con matarlo, lo descuartizaron. Indudablemente habia en Arboleda la organizacion y elementos para constituirle en un grande hombre, especialmente en medio de las mediocridades de que vivia rodeado en el destierro. En el temperamento, en los ojos audaces, en la nariz corva como un alfanje turco, algo se le parecia al anciano guatemalteco que ya hemos nombrado y cuyo retrato físico y moral omitimos aquí cuando ha muerto por haberlo hecho ya a lo vivo, estando él vivo.

XXXIII.

Hemos nombrado ántes al jeneral Paez, dos o tres veces presidente de Venezuela, cuando era ésta una nacion, y todavía recordamos con orgullo haber tratado con cierta intimidación a aquel honrado y valiente llanero, que Bolívar, no amándolo, tanto admiró. Era ya anciano, pero conservaba toda la enérgica actividad de los dias en que, a lanza y lanza, rindió a caballo una escuadrilla española en el Apure. Hombre de poco cuerpo, moreno, de ojos de fuego, tenía la talla del jeneral Flores, con mucha mas abultada corpulencia; eran el uno frente al otro, el roble del Apure al lado del flexible bejuco de los charcos de Puerto Cabello. Tan lacónico como era el otro verboso, referíamos con simpática y modesta efusion sus mas afamados hechos de armas, y cuando estalló la guerra con España, escribiéronos una carta oficial de considerable estension i elocuentes frases, ofreciendo sus servicios a Chile, documento precioso del patriotismo americano, que debe andar por allí en algunos de los cajones del ministerio de relaciones esteriores, donde, “a la chilena,” quedó sin contestacion.

XXXIV.

Entre los venezolanos, que van a Estados Unidos como los santiaguinos a Valparaiso, hízose tambien encontradizo algo mas tarde el diplomático don Blas Bruzual, padre del valiente jeneral de este nombre y por lo mismo hombre a la sazón tan anciano que debia frisar en los ochenta, cuando metiósele en su despoblado caletre, que blancos copos atados en mechales disimulaban, la singular fantasía de casarse con una yankecita de catorce abriles, fresca como una rosa del Hudson, a cuyo matrimonio ¡oh sacrilegio! asistimos en calidad de padrinos. Conforme al rito católico usado en la diócesis de Nueva York, los padrinos y madrinas fueron ocho, cuatro por banda, y en aquella ocasion que era una especie de sacrificio antiguo, desem-

peñaron el ministerio de las últimas las cuatro hijas del ilustre Juarez, que allí hallábanse presente con su respetable madre una señora Mazza, de estirpe italiana, dama mui culta y hermosa. Esto no obstante, las cuatro hijas del gran caudillo mejicano conservaban en todos sus perfiles, en su color, en la talla, en el riguroso conjunto de una belleza particular, el mas puro tipo azteca; de tal suerte que cuando vílas arrodilladas a mi lado, vestidas de sacerdotisas, con albas túnicas y transparentes tules, velando la cabellera de azabache, miré a todas partes del aposento, imaginándome estar divisando en su trono a Moctezuma cubierto con su riquísima armadura de vistosas plumas y a su lado, su jeneral y príncipe el infeliz Guatimozin. Lo que parecia a todas luces evidente en aquella escena, era que la novia, tímida y juvenil, de pié, frente a frente del anciano diplomático, sin dientes, podia creer y decir, como el martirizado príncipe azteca su frase famosa a los verdugos que lo quemaban: “¿Estoi por ventura en un lecho de rosas?”

El arzobispo católico de Nueva York, monseñor Hugo Mackenna, prelado de rostro dulce y evangélico, fué sin embargo el ministro de aquel tálamo sin hoguera, pero cuyas teas nupciales eran de oro...

XXXV.

No recuerdo bien si fué en esa u en otra ocasion de bodas cuando fuí por la primera vez presentado a dos jenerales de la América española, los cuales completaban el número de seis presidentes de dos naciones despues de Paez, de Herran, de Mosquera y de Julio Arboleda, todos desterrados. Qué maravilla!

Eran aquellos el jeneral colombiano don Eustorjio Salgar, ministro de su pais en Washington, un cumplido caballero y un jeneral a la europea, que fué mas tarde respetado presidente de los Estados Unidos de Colombia. Era el otro, al ménos físicamente, su antítesis, porque el jeneral don Santos Gutierrez, que dejaba aquella presidencia para dirijirse de paseo a Europa, aparentaba la figura

de cualquiera de nuestros artesanos decentes; moreno y de mediana talla en el cartabon del cuartel, pero decian que en el campo de batalla mostraba bravura sobrehumana. Era el Aquiles de aquella eterna Troya que no se apacigua todavía, y tenia el rostro lastimado profusamente por la viruela, como su cuerpo habria podido serlo por las balas. Era un hombre sumamente simpático, o mas bien, un buen muchacho que habia sido presidente. El jeneral venezolano Level de Goda, que ha tenido el mérito no pequeño de no encanallarse sirviendo al dictador Guzman Blanco, era el retrato, tal por cual, del contra-almirante Lizardo Montero, siendo naturalmente viva y constante la semejanza tropical de peruanos y colombianos.

XXXVI

Pero si para la mayor parte de las secciones de Sud-América la hermosa Nueva York de aquel tiempo era un Paris, o una antesala de Paris y de Babilonia, a quienes servia esa espléndida ciudad de peñon de Jersey y de refugio en su inacabable naufragio, sin compensaciones de misericordia, era a los infelices cubanos que en sus calles pululaban como las hojas que el cierzo desgaja en el otoño. Naturalmente en la época de mi segundo viaje de propaganda contra España en 1866, hubimos de tratar con cierta intimididad a muchos de aquellos perseverantes patriotas, como que el levantamiento de Santa Clara, en junio de aquel año, precursor del ilustre Céspedes, fué el fruto de comunes esfuerzos. Céspedes, los Mora, Aldana, el coronel Masias, el portoriqueño Bassora, Juan Francisco Suarez, que pasó mas tarde a Chile, encontrábanse unidos en un mismo intento, pero casi siempre desacordes en los medios de accion, condicion fatal de nuestra raza.

Pero la imájen que mas profundamente en mi alma y en mi memoria quedó grabada de aquel grupo, fué la del desdichado poeta Juan Clemente Zenea, este nuevo Plácido de la libertad cubana, a quien los españoles de Cuba (cosa de indecible crueldad!), habiendo ido de Nueva York con una comision pacificadora y consentida, por sospechas de patriotismo, lo ahorcaron como a Plácido.

Era Zenea dulcísimo y algunas veces ardiente poeta, como el memorable mulato vate de Puerto Príncipe. Su figura nada revelaba en él, porque su corteza hacia traicion a su alma, siendo un jóven endeble, feo, de jesto ágrío, semblante proscrito en hombre que vivia tras de un pequeño escritorio de las mágajas de la proscripcion. Pero su alevosa muerte le trasportó en rápido vuelo y en las alas de su inspiracion a los dinteles de la inmortalidad.

Imitando a Alfredo de Musset, el triste bardo habia dicho ántes de morir:

“Plantad, amigos, cuando yo muera
Un triste sauce en el cementerio.”

Por mi parte, infeliz amigo, tu voto queda cumplido!

XXXVII.

Era en aquel tiempo, y en todo su conjunto, la ciudad de Nueva York una colonia de fenicios y de cartajineses de la América del Sur, que despues se ha mudado a Paris por la brevedad y rapidez de los trasportes, sin que podamos decir que ni en el cambio de rumbo y domicilio ni en el cambio de los francos, haya ganado la juventud que estudia y asiste al nacimiento de un gran pueblo para buscar el contajio de otros que esconden su vejez en la fascinacion de sus engañosos resplandores.

Pero todavía en el pasaje de un continente a otro, atravesando en el magnífico vapor *Pacífico* el Atlántico, de Nueva York a Liverpool, debian hacérse nos familiares como compañeros de cuarto, dos hombres ilustres de la América del Norte: el capitalista y empresario del Far West, Mr. Ogden, que dejó en aquellas comarcas un pueblo próspero con su nombre y nos profetizó algo mas tarde los dias de Edison y de Bell, con muchas otras maravillas del porvenir que han ido realizándose. Mr. Ogden murió hace cuatro años, dejando varios millones; y sin ser espiritista ni cosa que se le pareciera, porque solo era un negociante del oeste, tranquilo i afable, leia como los evangelistas en el futuro de la humanidad.

Trece años despues de aquella navegacion interoceánica [1866], volví a encontrar en Nueva York a Mr. Ogden sin mas variacion en su simpática fisonomía que la sombra, o mas bien, el claro oscuro de unas cuantas canas, esparcidas en su renegrida barba y cabellera. Tuvo esto lugar en un almuerzo que un rico capistalista, presidente de varios ferrocarriles de la Union, se dignara ofrecernos despues de una conferencia sobre Chile, en el *Club de los Viajeros*; y como este caso raro de un segundo encuentro en la vida, lo he contado mas tarde en otra conferencia escrita con el título de *La Profesía de Edison*, me limitaré a agregar que en aquella misma mesa sentábase tambien un hombre, no solo de fama norte-americana sino de universal reputacion. Referímonos a Mr. Burlingame, este Marco Polo moderno, revelador del Japon, que su jenio habia entreabierto a su patria y al mundo entero hacia entónces apenas doce años. Mr. Burlingame, caballero apacible, altamente educado, buen mozo, de atractivas maneras, hizo todo el gasto de la conversacion de la sobre mesa, que duró algunas horas, mientras Mr. Ogden solo hablaba para describir el mundo futuro, pensando que el universo actual, todo entero, no era sino un Japon, un poco mas grande y oscuro que el remoto archipiélago de los mares del Asia.

XXXVIII.

El compañero de Mr. Ogden en el viaje veraniego del *Pacífico*, en julio de 1853, era otro espíritu superior que, sin metáfora, solo habia vivido en el fondo de los mares y reveládoslos al mundo jeógrafo y mencantil. Era éste el famoso teniente Murray de la marina de los Estado Unidos, autor de la *Jeografía Física del Mar*, y que siendo hombre ya célebre en todo el mundo científico y mayor de cincuenta años, era todavía teniente, como el astrónomo Gillis. Su estatura era menor que la de uso comun de dar y recibir en el rebaño humano, un poco cojo, fisonomía pálida, frente preñada y ámplia como las olas del mar en que habia visto deslizarse su laboriosa existencia, arrancando sus misterios a las corrientes y a los vientos. Via-

jaba con su familia; y sus hijas, que eran bastante hermosas y rubias, como la cabellera del sol, al ponerse éste por las tardes, juntábanse en la popa del vapor a cantar innos a Dios en medio de sus mas gigantescos prodijios, el firmamento y el mar que lo refleja.

XXXIX.

Al pasar en revista a algunos de los mas notables espíritus que han ilustrado el nuevo mundo y hécholos revivir en el antiguo, no habríamos consentido como en una culpa y solo por obedecer a una estrecha lei de jeografía y de método, no recordar aquí al hombre altísimo que, aunque nacido en tierra europea, hízose por sus grandiosos trabajos y descubrimientos ciudadano natural del suelo Colon, al baron de Humboldt.

Conocimos y visitamos a este hombre universal, a este sabio, enciclopedia viva de las ciencias de la humanidad en todas sus épocas desde la creacion del globo, cuando habia cumplido ya mas de ochenta años en su modesta casa, solitaria vivienda en uno de los mas tranquilos arrabales de la desparramada y silenciosa ciudad de Berlin, ciudad cuartel de las tres armas. Habíase cumplido en 1855 mas de medio siglo desde que, siendo ya un sabio de nota, botánico, jeólogo, jeógrafo, literato, matemático insigne, enciclopedista distinguido, en una palabra, habia llegado el baron de Humboldt a Cumaná y visitado en seguida todas las zonas equinocciales del continente desde Carácas a Lima y desde Lima a Méjico y Vera Cruz, labor de gigante vertida despues en inmensas obras de ilustracion y lenguas cosmopolitas; y sin embargo manteníase recto sobre sus piés de viajero, acentuándose al mismo tiempo en su fisonomía, sus rasgos mas salientes, sus ojos profundamente azules en su ancha, nobilísima frente, en sus gruesos lábios, característicos éstos de su enerjía ¿y por qué no decirlo? de su orgullo dominante y un tanto egoista y áulico.

Habíase vestido aquel decano del mundo científico, acatado en todos los paises descubiertos del globo, habíase vestido, decíamos, para aquella modestísima visita de estu-

diente y de admirador, con lo que su ayuda de cámara habia encontrado de mejor parado en el fondo de su baul, con una levita que no habia perdido todavía la virginidad de sus pliegues y un chaleco labrado de terciopelo con flores de relieve, de los que vimos usar a los petrimetros de Santiago en 1848, moda que pasó despues a los abasteros, en cuyo gremio rije todavía ufana en los trajes domingueros.

Recibiónos el patriarca de la sabiduría de los dos mundos con mucha contesía en su gabinete de trabajo que era su única sala de recibo, y el cual, reproducido fielmente por la oleografía moderna, ostentaba como su adorno central mas visible una reproduccion en yeso del busto colosal de Francisco Arago. Todo lo demas eran libros.

Manifestóse el anciano complacido al recordar otra vez como de cuerpo presente a la América, este pedestal de su gloria. Habló del Chimborazo, que él habia escalado; de las islas de Chíncha, cuyas fabulosas riquezas él habia adivinado (sin ser creído) desde el principio del siglo, y por último, de cómo el cuadrúpedo vicuña del Perú se habia convertido en bípedo en España, o vice-versa. . . Pero habiendo pasado la conversacion, sin esfuerzo, de sus viajes en la América española a los que hizo mas tarde en la Europa oriental y rusa, empresa científica que entónces yo lastimosamente no conocia, se tradujo en su rugoso semblante una visible sensacion de sorpresa y de disgusto, flaqueza de un hombre que no contento con saberlo todo, se sentia contrariado porqué otros no lo sabian tan bien como él, con relacion a su persona.

Por mi parte, siendo entonces mui jóven, me sentí humillado delante de aquel grande hombre, y aunque mas que su enojo hubiese levantado su baston, le habria dicho como Temístocles:—"Pega, pero dejame escucharte."

En aquellos años de nobles ambiciones que se apagan ya a los comienzos de los humanos desencantos en que cabalgan los años, no me habria sido dable regresar a mis lares sin rendir homenaje al sabio europeo que mas habia popularizado el suelo de la América, y no haberlo buscado para honrarle me habria parecido un sacrilejio, como si nacido en los tiempos de Cristóbal Colon no hubiese tomado a pechos rendir ante su frente la mía.

XL.

Y ahora ha llegado con esta visita semi-americana y semi-europea, el apropiado momento de prolongar nuestra excursion hácias las playas y ciudades del viejo universo, donde, en la medianía del siglo habiamos de tener la no poco envidiable fortuna de asistir al desfile de muchas inmortalidades encarnadas en verdaderos grandes hombres que ya no existen, y que por lo mismo son mas dignas de viva y perdurable recordacion.



EN EUROPA

I.

La ocasion primera en que, pasando sobre el continente de la América del Norte, como por encima de un puente colosal y movedizo, me ví en Europa en medio de séres esclarecidos, fué en torno de una tumba, esta postrera cita de los hombres.

El gran astrónomo Francisco Arago, que en realidad viviera mas propiamente en el firmamento que en la tierra (y de aquí la escepcional grandeza de su alma y de su jénio), habia caído á mediados de 1853 en su campo de batalla, es decir, bajo la cúpula de cobre del observatorio de Paris, de que era director. Se recordará que aquel republicano sencillo e ilustre habia, por excepcion, conservado su puesto, rehusando a Napoleon III el juramento exigido de baja y traidora fidelidad.

Francisco Arago habia sido, ciertamente, uno de los mas grandes espíritus del siglo, y su sarcófago hallábase, por consiguiente, rodeado de todos los hombres superiores que la bota del aventurero emperador recién unjido no

habia aplastado; pero siendo yo humildísimo espectador y acompañante sin vela ni paraguas en aquel suntuoso entierro interrumpido y mojado por una lluvia torrencial, sólo pude señalar aparte, a virtud de la emocion y de los cuchicheos de los espectadores, tres grandes personalidades contemporáneas: al jeneral Eujenio Cavaignac, al almirante Cárlos Baudin y a Horacio Vernet.

Verdad es que la mayor parte de los grandes espíritus de la Francia, esas inteligencias vivaces como las plantas, que poseen las cualidades de la luciérnaga, porque mientras mas densa es la oscuridad que los cubre, mientras mas hondo es el abismo a que han sido arrojados, mejor brillan en medio de la humanidad, hallábanse todos mas o menos dispersos u ocultos en alguna escondida sombra. Allí no estaba ni Lamartine, ni Víctor Hugo, ni Thiers, ni Guizot, ni Cormenin, ni Quinet, ni Michelet, ni Ledru Rollin, ni Luis Blanc, ni Julio Favre, ninguno de esos hombres de la revolucion y del derecho que se habian hecho familiares a nuestro espíritu en la mitad del siglo.

II.

A la verdad, si el jeneral Cavaignac, dictador hacia poco, de la Francia, electo a la presidencia de la república por cerca de dos millones de votos, contra los cinco millones que la imbecilidad de la jente de los campos otorgó al sobriño del desterrado de Santa Elena, si estaba ahí, decíamos, presente en aquella ceremonia fúnebre consagrada a la memoria de un gran republicano impenitente, era mas como una protesta que como una adhesion.

Tendria entonces el ex-dictador de 1848 unos cincuenta años escasos, y mas apuesto soldado nunca ví. No era de gran talla ni su rostro mostraba nada de peculiarmente hermoso, porque su espresion, sin dejar de ser noble y marcial, aparentaba un ceño un tanto adusto iluminado por dos ojos gris verdes como los de los gatos romanos. Todo su talante revelaba, sin embargo, de cuerpo entero y de cuerpo presente al guerrero, al hombre de alma, al hombre de heroismo. Como hacia frío y llovía, iba envuel-

to en una capa azul que nos recordaba la de Napoleon en Marengo y en Santa Elena, y este traje talar daba a su busto un aspecto estatuario, enérgico y característico de su profesion.

Yo, como admirador y como intruso, me habia colocado al lado del sarcófago, bajo la cúpula, y ví que todos los concurrentes acojían al dictador de 1848 con respetuoso acatamiento.

III.

No me pareció que acontecia lo mismo con Horacio Vernet, el gran pintor de batallas del siglo; y esto no por falta de respeto de parte de la muchedumbre, sino por esa especie de familiaridad popular que a todos imponen en Francia los artistas, jente llana que álguien o todos han visto alguna vez vestidos con su blusa de obreros en el taller o museo. *¡Voilà Horace! ¡Voilà Horace qui arrive!* esclamaban mil confusas voces a mi lado, al ver llegar a un hombre chiquito, cubierto literalmente de brillantes condecoraciones de todos los reyes de Europa y con enormísimos bigotes atuzados a lo Napoleon III en desmedrado y enjuto rostro. Por su parte, el maravilloso pintor de las guerras del primer imperio y de las campañas de Arjel colgadas en inmensos cuadros en las galerías históricas de Versalles, y que a virtud de su pincel, junto con Thiers en la historia, habia contribuido no poco a formar el falso oropel del segundo imperio, caricatura del antiguo, se escurria por todas partes bajo su paraguas, como Josecito bajo el mate. El pintor de los cuadros mas colosales de la época era casi del tamaño de una brocha.

IV.

El almirante Carlos Baudin, el captor de *San Juan de Ulúa*, cuyo nombre heroico acaba de perpetuarse en uno de los mas poderosos acorazados a flote en los mares (once mil ochocientas toneladas), era, por el contrario, un hom-

bre mui alto, sin pelo de barba (en fuerza de la navaja del marino), en cara afable y sonrosada. El almirante Baudin fué el verdadero autor del proyecto de rescatar a Napoleon del peñon de Santa Elena, que algunos han atribuido fantásticamente a lord Cochrane y a la escuadra de Chile, cuando anduvo aquél cerca de un año perdido en las costas de Méjico [1821]. Mas tarde, y bajo todos los gobiernos, alcanzó el almirante Baudin la reputacion de un héroe. No tenia sino un brazo y la manga flotante de su paletot azul, como si hubiera sido un pendon, disimulaba el otro.

V.

Como era natural en un mozo de veintidos años que buscaba en el estudio el desquite de la política, planta que no da sombra sino sarna, como el litre en ciertos climas, el sitio en que érale fácil encontrar con mayor frecuencia hombres célebres o espíritus sobresalientes era en las aulas que frecuentaba. Así me fué dado conocer y reverenciar en el anfiteatro del Instituto de Francia al venerable M. Jomard, uno de los sabios que acompañó a Ejipto a Napoleon Bonaparte para descifrar los jeroglíficos de su historia y de sus monumentos; a Villemain, que a traves de los mares habia sido nuestro primer profesor de literatura contra Hermosilla y Jil de Zárate; al gran escultor David d'Angers, hombre de anchas espaldas como sus estatuas heróicas de alto relieve del Arco del Triunfo, y en el cual su tez rojiza y su pelo alazan, al parecer tostado por el fuego del cobre candente, traicionaba al titan del cincel, y por último al compositor Halévy, cuya voz profundamente gangosa no descubria ni de lejos al sublime autor de *La Judía*.

VI.

Era Halévy un hombre ñato, de cara aplastada e incolora; usaba anteojos, y éstos, oprimiendo los escasos conductos de su órgano respiratorio, le inpartian los sonidos guturales de

la voz que la Señorita Adalgisa Gabbi está vengando hoi en Chile con su prodijiosa garganta. En cuanto a Jomard, era un viejecito tan viejo como el obelisco de Luxor, conservado en la plaza de la Concordia de Paris, y llamónos particularmente la atencion el que de su áspero paletot verde botella. (estilo Robespierre) sacaba con frecuencia su pañuelo de toSCO algodón a cuadros, de los mismo que entonces se vendian a medio o tres cuartillos para las fuentes narices de los niños en el baratillo de Molina, portal de Sierra-Bella. Los anticuarios se asemejan a las piedras, en que se quedan en la condicion en que los encontró la primera estrata, hasta que el martillo a su vez demuéelos, reduciéndolo todo, menos su gloria, a deleznable polvo.

VII.

De M. Villemain, uno de los mas elegantes escritores franceses del siglo, solo diremos que en su aspecto y traje era el hombre de peor talante que hayamos conocido; con los pantalones al tobillo, el frac a media cintura y el chaleco desabrochado hasta cierta cavidad del cuerpo humano que no nos atrevemos a nombrar. ¿Recuerda alguno de mis lectores que haya pasado ya la colina del meridiano de la vida, la singular figura de don Manuel Breton, no el de los Herreros, sino de los Bretones de la calle de Breton? Pues haga de cuenta que tiene a la vista en todo sus grotescos detalles al mas famoso y al mas feo de los literatos de la época de Chateaubriand y Lamartine, que fueron dos lindos hombres.

VIII.

En una de las sesiones anuales que el Instituto celebra bajo la rotunda en que ántes estuvo el palacio de Catalina de Médicis, tuve ocasion de conocer a uno de los astrónomos y matemáticos mas célebres de su tiempo, a M. Babinet, charlador espiritual, que durante una larga hora mantuvo en perpetua hilaridad a su auditorio, y aun a los mas for-

males y apergaminados de sus colegas. Era, por lo demas, un habitante del cielo mui desordenado en la tierra, donde, entre otras cosas, nos dijeron que no pagaba jamas sus deudas.

Mostróme tambien en una sesion de la facultad de ciencias a que él pertenecia, el venerable M. Gay, ciudadano chileno y verdadero amigo de los chilenos, a un hombre de jenio superior, lumbrera de su siglo, a su tocayo Claudio Bernard, el gran fisiologista y descubridor de los mas íntimos resortes de la vida humana. Era un anciano hermosísimo, cayéndole sobre la espaciosa frente, casi hasta los hombros, en espesas guedejas, su blanco cabello, lo que hacia aun mas venerable su dulce y franca fisonomía.

IX.

Otro sitio de frecuente reunion para hacerse encontradizo de bravas fieras y de mansos sabios, era el Jardin de plantas, cuyo director M. Geoffroy Saint-Hilaire [hijo], encarnacion aventajada de la cortesía francesa, asi como su amable familia, nos dispensaron, talvez a causa de la lejanía austral de nuestra lejana y casi ignota cuna, la mas bondadosa hospitalidad de aula y de hogar. En materia de seres, miéntras mas raros, mas interesaban a los europeos en las jaulas o en los salones.

Conocí, en consecuencia, en aquel centro de la ciencia, que brillaba como un reverbero perennemente encendido, al que es hoi decano de todos los sabios del mundo, a M. Chevreul, a quien todos los dias veíamos llegar a pié, marchando ágilmente sobre la nieve del riguroso invierno de 1854, a su clase de química, llevando coquetamente su larga cabellera peinada hácia tras y su paletot al hombro, como cualquiera de los estudiantes que le oian, sin embargo de que por estos dias [1885] cumplirá su primer siglo, pues que en el año último enteró, sin haber cambiado ni física ni moralmente en nada, noventa y nueve años. M Chevreul será el Fontenelle del siglo XIX.

X.

Al lado de aquel hombre-monumento veía figurar a todos los grandes químicos de su época: a Dumas, casi tan viejo como él, pero cuya fisonomía cuidadosamente afeitada dábale aires de ser treinta años mas joven; a Payen, un negrito que me parecía haber visto muchas ocasiones en Chile bajo el disfraz de un oficial de partes del ministerio de justicia llamado Botarro; y por último, al ilustre Bous-singault, que aun vive, creador con Payen y Dumas de la química orgánica, hombre y sabio excelente, que por haber servido como profesor en Colombia al lado de Bolívar, de quien fué a las veces ayudante, cobró una generosa afición, de la que fué partícipe su inteligente y dulce familia. Era ésta oriunda de Alsacia, y a su cariñoso hogar hoy desde tan lejos en el tiempo [33 años!] y en la distancia [3,000 leguas!], envíale una alma agradecida este recuerdo.

XI.

Oí tambien de tiempo en tiempo en el Jardin de Plantas las lecciones de zoología de Milne Edwards, sabio eminente que, octojenario, todavía vive [1885], y en cuya figura diminuta y poco favorecida en sus perfiles [era muy ñato], el ojo no parecía discernir nada mas allá de la encojida superficie. Por el contrario, M. D'Orbigny, jeólogo y jeógrafo tan conocido en la América del Sur, autor del *Hombre Americano* y de muchas obras que han tomado honrosa carta de ciudadanía en nuestras bibliotecas, nos causó por su aspecto colosal y su voz desapacible un extraño efecto de desencanto. Cuando se volvía a la pizarra para trazar sus líneas paleontológicas con la tiza, estirando desmesuradamente su largo brazo, recordábame a los fornidos vaqueros de mi tierra en el acto de arrojar el lazo. Evidentemente, a fuerza de andar entre mastodontes, plesiosauros y plesiosauros, le habían crecido los huesos a aquel viajero ilustre que por esos mismos días murió. ¿De elefanteasia, talvez?

XII.

En las clases de la Universidad de Paris [que no es el Instituto sino la vieja Soborna en que estudió su filosofía Abelardo para enseñarla a Eloisa] escuché tambien las metódicas, entonadas y un tanto peripatéticas lecciones, que mejor sabian a pláticas o evangelios de San Márcos, de Saint Marc Girardin, uno de los diaristas clásicos de su época, mientras su homónimo de apellido [Emilio] hacia resonar las prensas con su raro y admirable talento de polemista tan impetuoso como versátil. De este inquieto personaje columbré solo su movediza silueta una tarde, entre dos luces, cual su vida, en que paseaba por las aceras de la ciudad de baños de Arcachon con los hermanos Pereire. Fueron éstos los célebres judíos empresarios de aquel lindo pueblo edificado en media docena de años y por media docena de millones, a contrata.

Alguna vez divisé tambien allí, en el anfiteatro de la Escuela de Medicina, al célebre norte-americano Ricord, especialista en enfermedades terribles, hijas de Paris, capital de las Galias... Su cara afeitada era plácida y risueña, talvez como un contraste con las crueles dolencias que curaba, y aunque con mucha frecuencia, casi todos los días, oia hablar de él a extranjeros y a compatriotas, el justiciero lector nos hará el honor de fijarse en que no hemos dicho de él que *lo conocimos* sino que *lo divisamos*...

XIII.

A propósito de médicos, paréceme oportuno agregar aquí, para beneficio ajeno, que haciendo un viaje de salud [1870-72] conocí personalmente a muchos Esculapios y en especial a los médicos de diversas aguas termales, que no son ciertamente los de *las agüitas*, y entre éstos al mas famoso de todos, M. Constantino James, autor del *Guia popular de las termas de Europa*, libro utilísimo para los viajeros, y en mi caso para las viajeras; a M. Cretin, médi-

co de los Pirineos; a M. Martin Lozère, de Luxeil en los Vosgos, y en seguida como especialista aun mas femeninos, al doctor Beauchacourt, en Lyon; en Roma al doctor aleman Stamp, que habia vivido en Chile, y en Nápoles al doctor Lippert un facultativo eminente para quien todo el bien y el mal de la humanidad estaba contenido en una cajita de fósforo, es decir, en el fósforo que existe repartido en la naturaleza y con mayor particularidad en el pescado y en el hombre. Segun él, la grandeza escepcional de Bismark, su paisano, consistia en que el terrible canceller encerraba mas inmensa cantidad de fósforo en el cerebro, teoría que no debe hallarse del todo desprovista de verdad porque el diablo, dueño de las innumerables solfataras del infierno, es sin disputa entre los jenios el que se halla mas ámpliamente y a mas barato precio dotado de tan importante elemento del poder humano.

Segun este mismo principio, la mayor parte de los médicos de Europa deben usar con frecuencia el fósforo porque noté que algunos pedían a sus clientes dos propinas juntas de a 20 francos cada una, a saber: 20 francos por la visita y 20 francos por la receta, con indicacion ademas de la botica, lo que la lei y el buen tono prohiben en Chile. Jeneralmente los facultativos europeos, al despedirse cada tarde de sus enfermos, estiran a éste juntas y amablemente las dos manos, una para el saludo—el *à demain!* de la esperanza de recobro—y otra para el napoleon de oro o para la libra esterlina, lo que quiere decir que, carta de mas, carta de ménos, “todo el mundo es Popayan.”

XIV.

Hemos dicho en otra parte que en el entierro de Arago no estaban presentes ni Ledru Rollin ni Luis Blanc, estos dos opuestos caudillos del gran trastorno social de 1848; pero a uno y otro conocílos con intervalo de cerca de veinte años en Lóndres, la ciudad de la revolucion universal, siendo *por ahora* la metrópoli mas pacífica y mejor ocupada del orbe. ¡Qué contraste el de aquellos dos tribunos! Ledru Rollin era un gigante, y cuando hablaba en público,

como yo lo ví, y como lo pintaba Lamartine en su *Revolucion del 48*, su rostro atrevido como el de Mirabeau, se amorataba por el raudal rojo de su sangre que de las válvulas del corazon, repleto de pasiones, subia a la garganta presajando ya la aplopejía fulminante que le derribó mas tarde en tierra, como el rayo derriba a la encina. Luis Blanc, por el contrario, con su cara lampiña, su pequeña, pequeñísima estatura, aunque habia cumplido sesenta años cuando en 1870 le ví durante vários días encima de un enorme infolio en la biblioteca del Museo Británico, me pareció mas bien que un filósofo y un historiador famoso, un colejial estudiando de prisa su leccion. Aquel jenio revolucionario, de quien decia en su temprana juventud, el rei Luis Felipe, que le temia mas que a una batería de cañones apostada a su trono, parecia al verle en su vejez, un seminarista humilde y apocado, porque tales suelen ser en la mascarada de la vida los estravagantes difraces del jenio.

XV.

Hemos dicho que nunca tuvimos la fortuna de divisar al ilustre Thiers, nó porque fuera del tamaño de un granito de anis, sino porque en una gran revista de 100,000 hombres que el gran patriota presidió despues de la guerra en campo de Long Champs dentro del bosque de Bolonia, en agosto de 1871, nos engañó un pícaro pero habiloso charlatan. Estaba éste junto a un trípode repitiendo sin cesar y a todo pulmon: *Venez voir le president de la république! Venez voir! Ça ne coute qu'un sou!* (un centavo); y cuando yo despues de dejar caer el centavo en el canasto (porque todo pago de este jénero en Paris es anticipado) apliqué la vista al instrumento... no ví nada. El aparato era un simple tuvo de bronce sin vidrio... En cuanto a M. Guizot, que no era mucho mas alto que su rival, diviésele en la campiña de Burdeos, camino del Chateau-Margaux, donde él era huésped, desmedrado ya por su última enfermedad pero conservando en su fisonomía la jenial estructura de sus líneas rectas y secas de ilustre dómine y sectario. M. Guizot, al pasar, me pareció una estatua de

carne disecada. Era un grande hombre, pero como doctri-
nario no fué cual el ecléctico M. Thiers, un hombre sim-
pático.

XVI.

En reemplazo de esos dos grandes historiadores, visité en Milan, introducido por su librero Branca en su modesto y risueño hogar poblado de niños y de flores, a otro gran historiador del siglo. Aludimos al ilustre y laborioso César Cantú, que en ese día (era un domingo] asistía a una fiesta que sus nietos y sus hijos le habían ofrecido. Era entonces el autor de la *Historia Universal* (1855) un hombre de sesenta años, compañero de Silvio Pellico, y de las propias ideas ascéticas de este último, puestas tan de relieve, en sus libros de historiador católico; pero parecía estar saliendo apenas de las puertas de la juventud sin asomarse aun a las de la vejez. Su aspecto nada revelaba, escepto la bondad, terminando sin perfiles acentuados en una barba aguda y enjuta. Conservaba sus cabellos negros y en todos sus movimientos mostraba la soltura de un muchacho, por mas que se hallase cargado de cincuenta volúmenes de arduas labores. Como Guizot y como todos los espíritus empecinados y exclusivistas, Cantú, siendo un hombre eminente, no era atrayente.

XVII.

En los salones de la Sociedad de Agricultura de Francia, en la que era admitido como socio que habia ganado sus espuelas con un libro, y bajo de las bóvedas de Nôtre Dame a la que asistía simplemente como cristiano, tuve tambien ocasion de conocer a dos hombres que se habian hecho notables en su época, siendo el último el padre Félix, célebre predicador jesuita, que el preciso día en que la escuchara hizo un sentido elogio del conde Montalembert que en aquella misma mañana habia muerto (en un domingo de abril de 1870.)

El otro personaje a que hemos aludido era el célebre político y politiquero Dupin, a la sazón presidente de la Sociedad de la Agricultura, con tan gráficos colores pintado como hombre de falsía y de intriga por Timon en su libro de los oradores. Era el mayor de los Dupin un hombre chiquito, pero derecho como un huso, con el pelo ya escaso tejido en red sobre la despejada frente, y su rostro profundamente trabajado por la viruela. En su exterior ofrecía notable semejanza con el jeneral chileno don F. A. Pinto, cuya talla física medía.

Confieso, a la verdad, que poco interes he sentido por estudiar o seguir ese tipo de hombres; tal vez porque al menos en política todos son mas o ménos *Dupines*, especie de escopetas de dos cañones que se disparan con una sola mira, por lo cual rara vez yerran, porque cuando se le escapa un tiro asiertan el otro. En cambio, residían a la sazón en Paris dos hombres que habria dado mis zapatos (aunque no escasos de remiendos) por conocer:—a Cormenin, que habia cautivado nuestra juventud con su libro de los *Oradores*, este Plutarco de las celebridades modernas, mas severo que el antiguo, y a Lamartine, que habia embellecido tantos dias de las primeras emociones con su inventado *Rafael*, con su falsa *Graziela* que no fué pescadora de Ischia jentil sino vulgar cigarrera de Nápoles, y especialmente con sus inmortales, incomparables *Jirondinos*, segun nuestro juicio el primer libro humano que leerán con mayor encanto los siglos despues de los Evangelios, esta obra no del hombre sino de la divinidad. A Cormenin creí divisarlo un día, y le seguí durante una legua como el discípulo desearia seguir al apóstol, mientras que el autor de *Jocelin* solo le columbré muerto y perdonado de frajilidades, cuando su interesante sobrina, la señorita Valentina de Lamartine, mostrónos en su humilde chalet, prestado por el municipio de Paris, su lecho cubierto de frescas violetas, única fortuna que no le habían disputado sus voraces acreedores. ¡Mísera humanidad que solo otorga treguas y esperas a estas dos cosas entre las que se mece la existencia de los seres, su lecho y su sepulcro. En el caso presente habia otra cosa esceptuada... una corona de violetas.

No será, tal vez, fuera de lugar decir aquí que la señorita

de Lamartine habia adoptado este apellido solo por afinidad de respetuoso amor, asi como el mismo Lamartine no tuvo en realidad ese nombre aristocrático y casi musical, sino que llevó en la cuna otro mucho mas grato a nuestro oido, porque su verdadero apellido fué el de Prat.

XVIII.

El hombre del día en aquel tiempo era Gambetta, pero ni en pelea de gallos le conocimos, porque cuando asistí a una sesion de la convencion de Versalles, es decir, a una riña de gallos franceses, ni por la estaca afilada ni por el ojo herido de garrocha pude distinguirlo en la rueda ni en el tambor. Mucho hacer fué divisar al presidente de la asamblea, y hoi de la república, M. Grévy, con su aspecto apasible de hacendado británico, llevando patillas a la inglesa, a semejanza de un senador nuestro que nunca ha sido dictador ni ha estado en Inglaterra.

Recuerdo todavía que para conseguir mi entrada y la de un amigo chileno a aquella plaza de toros con gladiadores humanos, no me valí de molestos y molestadores empeños, sino que, contra la usanza de mi tierra, pedí directamente nuestros boletos al cuestor del circo. M. Baude, el mismo enérgico guardian que en 1851 habria salvado la asamblea del golpe de estado napoleónico si sus colegas le hubieran dejado hacer, o siquiera le hubieran creído. Hízonos este buen anciano amable acogida, y hablándonos español, que fué la contraseña. Presentónos tambien con agrado a un diputado que le llamó al pórtico para algun asunto. Era éste el célebre M. Beulé, autor de la *Vida de los Césares*, libro de inmenso estudio y de gran boga. Beulé era un hombre jóven, que peinaba su crespá cabellera rizada hácia atras, y al mirar cerraba los ojos, al parecer fatigados por la miopía. Fué poco mas tarde ministro de Mac-Mahon, y un dia amaneció muerto, atravesado el corazon por tres puñaladas que se habia dado él mismo por desencantos de amor o de fortuna.

¡Cuánto mas le habria valido morir como César en el vestíbulo en que estrechamos de paso su mano!

XIX.

Atravesando la Mancha (no la de Castilla, que es de greda, sino la de Inglaterra, que es simplemente el líquido abrazo de dos mares), podría hacer memoria aquí de muchos hombres ilustres, pero a quienes el aislamiento isleño de su patria priva en cierta manera de esa irradiación de propaganda y de popularidad que es propia a las comunicativas razas latinas. Citaré por consiguiente y por brevedad, solo dos nombres típicos, a Gladstone y a Disraeli, a quienes cierto día (en mayo de 1870) estuve alternativamente contemplando de hito en hito desde las galerías de la cámara de los Comunes, sentados los dos grandes *leaders* el uno frente al otro, separados por una angosta mesa y al alcance ambos de un apretón de mano o de un puñete, a su elección. Como un signo característico del parlamentarismo inglés, los dos rivales del último cuarto de siglo se mantenían en plena sesión con sus sombreros (tarros de unto) metidos cuanto les cabían en la espaciosa cabeza; y mientras la mayor parte de los Comunes, sentados de la misma singular manera en sus desordenados bancos, proseguían leyendo y desdoblando con infernal sonajera de papeles el *Times* y el *Daily Telegraph* del día, los dos colosos parecían estar midiéndose debajo de los párpados para mejor derribarse. Por entonces Gladstone hallábase encima del célebre israelita, pero no daba, a virtud de ello, ninguna señal de suficiencia. Su sonrisa era al contrario modesta y el porte de su gran cabeza, que recordaba la de Daniel Webster, imprimíale un aspecto de majestad que no tenía sino en su elevado porte su adversario.

El último, mezcla rara de Cromwell y de Gambetta, según alguien hace poco ha dicho, mostrábase aquel día un tanto airado bajo su burdo envoltorio de invierno, y en cierta ocasión, en que necesitó abrir el cajón de la mesa que en la sala formaba las fronteras de los liberales y de los conservadores, para sacar unos papeles, después de recorrerlos volvió a echarlos a su sitio empujando el cajón con un estrepitoso puntapié. En todos los casos del debate, que fué tranquilo, Mr. Gladstone me pareció un *gentleman*,

al paso que Disraeli me pareció solo un judío, y a la verdad que lo era. . . Me será permitido recordar ademas, como cosa gráfica, que los ministros de la gran Bretaña, como si fueran señores del mundo, solo se quitan el sombrero cuando hablan, reteniéndolo muchas veces (cuando hablan corto, que es su estilo) levantado sobre sus cabezas como quien da un recado de sirviente a una señora: "Manda decir la señorita, etc., etc." La única diferencia de tono estriba en que la señora del recado británico es la reina.

XX.

Regresando de otro salto a la Mancha (que ésta es la verdadera, porque es la de España y Sancho Panza), añadiré todavía, que al derredor de una tumba (la del ominoso jeneral O'Donnel) ví sentados en una iglesia de Madrid, de cuyo nombre, como el desierto "lugar de la Mancha," no puedo acordarme, a los que fueron sus compañeros pero que a escondidas fueron sus rivales. Allí estaba el célebre Serrano, duque de la Torre, con su cana cabeza y cara afeitada, escepto el poco jentil bigote gris y recortado; Prim, moreno, enjuto, con barbas y pelo renegrado, asemejándose a muchos jenerales peruanos, que a orillas del Rimac o del Sena conocí, y por último, al ex-ministro y futuro ministro, despues del balazo que mató al último, don Práxedes Mateo Sagasta, un caballero alto, delgado, peinado a la Capoul, con corbata de punta y prendedor de perlas, mui parecido en su rebuscada *toilette* al escelente ministro de Chile don Manuel Antonio Tocornal, que en la suya diaria, gastaba larga hora y media antes de ir cada mañana a la una del dia al ministerio. Los ministros que madrugan en Chile no por esto amanecen mas temprano. Los que amanecen en hora adecuada son simplemente los ministros que *se pasan*. Tocornal no *se pasó* nunca. Pero cual otro no se ha pasado?

XXI.

En cuanto a las lumbreras literarias de la España moderna, veíanse en esa época de trastornos casi todas apagadas,

ardiendo solo los cirios de los túmulos. Quintana hacia poco que habia muerto, Nuñez de Arce aun no cantaba, Menendez Pelayo habia apenas nacido, Castelar estaba ausente, y cerradas "por falta de número" o por causa de feriado la real Academia de la Historia y la de la Lengua. De suerte que solo pude conocer al famoso diarista de batalla, el valiente demócrata don Nicolas Riveros, que asistia tambien a los funerales de los guardias nacionales muertos en Madrid por la democracia española, caudillo que por su tez i, su apariencia un tanto brusca me recordó a uno de esos bronceados, nervudos y poco corpulentos mineros de nuestras faenas del norte. Era un Pablo Muñoz andaluz.

XXII.

Por fortuna hallábase en ejercicio la Real Biblioteca de Madrid, y allí conocí en su gabinete a su director honorario, el venerable Duran, el mismo sabio que habia revalidado con Bello en dar a conocer al Cid; al comedido, vivaz y chiquitito don Eujenio Hartzembusch, con su gorrito de terciopelo; al grave crítico Rossel, no menos atento con los visitantes de sus bien poblados armarios. Nuestro introductor en esos santuarios habia sido el famoso anticuario don Pascual de Gayangos, un hombre que por su figura y su cano bigote nos habria parecido un coronel retirado de caballería, si Prescott y Tenor no hubieran ponderado ántes su insigne mérito literario, y si él mismo, manifestando su admiracion injenua por don Andres Bello, no nos hubiera dicho estas militares palabras en su elojio:—"Cuando yo leo a Bello me chupo los dedos."

XXIII.

El bibliotecario de Sevilla, don José Bueno, que nos presentó en su cama de enfermo a Fernan Caballero (Cecilia Bohl) pobre, anciana y recientemente espulsada por los republicanos del alcázar moro donde la reina habíale

dado un apartado aposento, nos ofreció igualmente introducirnos a otra ruina de la España literaria, a la señora ya anciana y desemejada que vivía retirada en Sevilla y había sido la mismísima “Teresa” del canto inmortal de Espronceda: “Canto a Teresa.” Pero pareciónos mas adecuado, a fin de mejor guardar el perfume del sentimiento y del juvenil recuerdo, hacer, respecto de aquella señora, lo que el poeta pidió en su canto:—“Saltarla.”

XXIV.

Vivia así mismo en Madrid por esos helados días [diciembre de 1870] la mujer que en el invierno de 1836, y después de su terrible “Noche-Buena” (noche que no fué buena sino atroz!) hizo morder al insigne Larra la boca de una pistola.

Siempre ellas!

Pero ¿no es por ventura cierto que en casos semejantes se hace por mucho preferible conservar los ideales a la contemplación póstuma de las imágenes todavía vivas pero desfiguradas de quienes fueron ellas?

Como a la Teresa del *Diablo Mundo* salté también, pasando por encima de mi natural curiosidad, la desdichada aparición de la *Noche-Buena*.

XXV.

Atravesando un día [hace mas de 30 años] el nebuloso puente de Londres, en Londres, sitio dos veces nebuloso, por el río y por el cielo, álguien [Joaquín Fernández Concha] me mostró con el brazo, desde el coche de plaza en que recorríamos la metrópoli de la niebla, a un anciano alto, rugoso, dudosamente vestido y con un fieltro de paño blanco, o mas bien color de niebla y de carbon de piedra, en la cana, des poblada cabeza, que con pasos ya cansados desfilaba por esa acera del inmenso viaducto en medio de aquellos incabables tropes humanos que se asemejan a caminos de hormigas. Era aquel raro personaje don José Joaquín de

Mora, tan célebre en toda la América española, que arras-traba todavía, a los 70 años y siempre en extranjera tierra, reñido su juicio y su moral con su inmenso talento, su vida incurable de bohemio. Por supuesto al verle recordé su triste soneto en escarnio de Chile, pero al mismo tiempo víno-seme a la memoria su oda famosa:

“Chilenos, responded; corred al templo
Rieguen su suelo santo
De patriotismo y compasion el llanto...”

Y como él en la tumba de los Carreras, me sentí inclina-do a perdonarlo, porque nada hai que sea acreedor a mayor induljencia que el jenio y los estravíos del jenio.

El “gallego Mora,” segun lo llamaron los pone-nombres chilenos de su tiempo, no era gallego, sino precisamente lo opuesto del tipo del céltico en España, porque era andaluz y andaluz de Cádiz, como quien dice ultra-andaluz: y de aquí su jenio travieso hasta ser díscolo, fecundo mas allá de lo admirable.

No fué tampoco un aventurero vulgar, segun se ha crei-do, porque nació en casa de piedra, hijo de un rico abo-gado, y porque en la defensa de su patria contra Napoleon fué soldado i prisionero. Ocurrióle esto último, por fortuna suya, porque durante sus destierros en Paris y en Londres hízose poco mas tarde un gran literato, harto mas bri-llante en ese terreno que el estudioso y técnico don An-drés Bello, que nunca navegó en mares procelosos sino con la sonda en las manos, y a quien Mora precedió en Chile en la enseñanza y en el rimo. Pero su jenio aventurero y la duplicidad incorregible de su alma le perdieron en todas partes; y asi en los dias tormentosos en que le vimos, des-pues de vagar treinta años por el mundo, hallábase pobre, desvalido y desacreditado en Londres, este inmenso sumi-dero del infortunio humano, esperando oscura muerte que le arrebataria la fama que su rival caraqueño supo pausa-damente acumular sobre su tumba y su posteridad.

XXVI.

Y a propósito de los grandes jenios, conocí tambien en Londres, sentándome con frecuencia a su lado, en la mesa

redonda de un modesto club, a un anciano, que bajo una peluca negra y sedosa mostraba una fisonomía enjuta, raída, pero singularmente aseada, encima de un cuerpecito raquítico y ya encorvado por los años. Era éste un famoso judío, pero ese judío no se llamaba ni Rothschild, ni Fould, ni Pereire. Era un judío mucho mas ilustre que todos esos reyes de los millones, aunque era millonario como ellos. Su nombre era Jacobo Meyerbeer, judío aleman, pero autor del *Profeta*, de *Roberto el Diablo*, y del mayor prodigio universal del siglo y su última obra humana, *Los Hugonotes*, cuya primera representacion en Londres estaba él mismo, conforme a su costumbre, vijilando en persona durante la temporada de 1859. Por la noche recibia las ovaciones de un pueblo enloquecido por el entusiasmo, y por la tarde, despues de entalegar las púngües libras esterlinas de la víspera, se iba a comer conmigo, pobre desterrado, en una mesa de tres chelines... Era un jenio inmenso, pero un jenio avaro como Víctor Hugo.

XXVII.

En cuanto al intérprete de aquellas y otras obras exhibidas en aquella época en los teatros de Londres, de Paris y de Nueva York, diré solo lo que sentí como primera impresion personal, porque nunca intenté, como tantos otros, ser crítico de arte, es decir, “maestro Ciruela.”

Mário me pareció en el *Don Juan* un astro en dulce decadencia y Carlota Grissi, en *Norma*, una luna melo-dramática en su último menguante. La linda y menuda Piccolomini, en la *Hija del Regimiento*, era un encanto, una ave canora en la enramada, miéntras que la Alboni, a quien viera en Nueva York con Salvi en la *Favorita*, asemejábase con su enorme corpulencia y su voz divina, por nadie imitada todavía. a lo que entónces se dijo de élla:—a un elefante que se habia tragado un canario. Despues de élla, Adelina Patti, en la *Traviata*, era ese mismo canario escapado de la jaula [o de la Alboni?].

XXVIII.

De las mujeres que ví en el teatro, especialmente en el Teatro Frances, el teatro de los teatros, Rachel me pareció una mujer fea y sublime, un espectro [la tísis la devoraba ya] ronco, aterrante, casi sobrenatural, que tenia en su rostro, en su ademan, y sobre todo en su voz, todos los estertores del horror en la incestuosa *Fedra* y todas las majestades en la *Czarina* de Scribe, escrita espresamente para ella; y era eso de tal suerte, que cuando aquella mujer maravillosa se presentaba en las tablas no reinaba en el recinto sino el silencio, las lágrimas mudas, el dolor intenso. Rachel era una maga que con un gancho invisible juntaba todos los corazones en uno solo y a su albeldrío los hacia esprimir llanto y sangre, arrancando a todo su auditorio hondos e irreprimibles jemidos. ¡Qué gran trágica, única en el mundo!

Despues que el astro se apagó en prematura tumba solo hemos visto fulgurar sus destellos en la frente de una trágica que en esta tierra no ha sido conocida sino de oidas, Mlle. Pasca, especie de Mlle. Mars, que en 1870 interpretaba los dramas de Sardou en el Gimnasio. ¡Qué admirable mujer! Alta, flexible, dulcemente morena, bellísima de rostro, variado al infinito su talento en sus papeles, teniendo para cada uno de sus tipos una encarnacion diferente, elegantísima, graciosa, y cuando era preciso, fiera y terrible. La impresion que ha dejado en mi recuerdo aquella mujer sin séquito [talvez porque era honrada como su compañera de teatro, Rosa Cheri y no habia dado hijos adúlteros al hijo de Napoleon el Grande], era la de que en su época no habia subido jamás a las tablas una artista que le fuera superior.

En su presencia la Ristori me pareció en Turin sola una mujer buena moza, de voz bien plateada y que hacia mui bien los cuadros plásticos, como en el salon de figuras de cera de Mme. Tussaud, en la calle de Harley, de Londres.

XXIX.

Respecto de los trágicos franceses, estos innimitables cómicos, nada de notable. La-ferrière á los sesenta años llamaba todavía la atencion en alguna tragedia de Racine o de Corneille; y Federico Lemaitre representaba a los setenta, en la Puerta de San Martin, los *Treinta años* de Víctor Ducange, viéndose obligado, para remedar la juventud del jugador, a rellenarse las arrugadas mejillas con algodón, lo que le convertia en triste caricatura de su propia y ya pasada fama. En la tragedia inglesa lo mismo. Cárlos Kean, favorito de Londres e hijo de un gran trágico favorito de los ingleses, no era en el *Sardanápalo* de Byron o en el *Enrique III* de Shakespeare sino una caricatura de su padre; al paso que Forrest y Salvini me parecieron mui superiores por su estatura, su accion y su jesto, no emancipados del todo, sin embargo, de la escuela gritona de Casacuberta y de la Samaniego.

El mismo fenómeno negativo en España: Valero y la Matilde Diaz en la *Campana de la Almudaina*, representada en Barcelona en 1859, gritaban, lloraban y sollozaban, pero no conmovían. La tragedia española está muerta, y Echegaray se ha encargado de enterrarla, no obstante su indisputable talento.

En cambio, Julian Romea, simple actor cómico, por su naturalidad y su escuela, me pareció digno del Teatro Frances, este compendio del mundo moderno y verdadero que el talento hace caber como si fuera una admirable miniatura en cuatro tablas. Agregaré todavía, aunque haya de pecar de descortés a fuerza de ser parco, que interpretando a *Hamlet* Edwin Booth, el hermano del asesino de Lincoln, me pareció mui superior interpretando en Nueva York en ingles a Shakespeare que Rossi en italiano y en Santiago.

XXX.

Por supuesto, durante tres viajes consecutivos verificados en el espacio de cerca de veinte años al viejo mundo,

lo que mas ví fué sus testas coronadas, porque es lo que mas se muestra y se luce. A Napoleon III le confronté en dos intervalos de quince años, y ¡cuán profundo cambio habia sobrevenido en la estructura física de aquel vulgar tirano eminentemente cínico! Al arrogante impostor del *Golpe de Estado*, al *Napoleon el pequeño* de Víctor Hugo, habia sucedido el *Napoleon el gordo* de Sedan. En la víspera de la guerra pasaba revista a la Guardia Imperial y a los Zuavos en el gran patio de honor de las Tullerías y al desfilar por delante de las filas al grito monótono y pesadamente maquinal de *Vive l'Empereur!* que proferian las mitades presentando las armas al César, su caballo no parecia llevar sino un atado, una *cutama* hecha con la túnica de César.

Divisé tambien poco antes de morir, en el palco imperial de la Opera, a Jerónimo Bonaparte, ex-rei de Westfalia y hermano menor de Napoleon I. ¡Qué admirable semejanza de familia entre aquellos dos corsos! Jerónimo tenia un color moreno pálido como el gran capitan, su misma estatura, y como habia perdido el cabello y su boca desprovista de dientes se hubiese hundido, por un momento, me pareció, al divisarle, una evocacion de la tumba de los Inválidos aparecida junta al escenario para recibir el homenaje y los aplausos de los vivos y de los sobrevivientes.

Con la distancia de cerca de un siglo del tio al nieto, nos encontramos un dia, en la primavera de 1870, con un niño de trece a catorce años, que al lado de un jeneral anciano vestido de civil, se dirigia en un carruaje abierto de la corte al palenque ecuestre del Palacio de la Industria en los Campos Elíseos, a ver hacer cabriolas sobre un pesado caballo al coronel de la escolta napoleónica de los *Cent Gardes*, M. Very, que, por el costo de un peso a la entrada, daba ese espectáculo, casi ridículo en un jefe, a los desocupados, si bien mucho mejor que él habríalo hecho el capataz de Colmo, Majinio Abarca, en cualquiera de los ájiles potros de su piara. Conocí al niño en lo saludador, porque en efecto era el infortunado príncipe imperial, a quien su preceptor, el jeneral Frossard, ántes de hacerse derrotar en Forbach, iba enseñándole... a saludar. La emperatriz era todavía (1870) mui bella, pero sus blancas meji-

llas dejaban entrever cierta tendencia a reblandecerse, destruyéndole el óvalo del rostro, encanto verdadero de la mujer hermosa, que desde que se opera ese cambio de líneas deja de ser bella.

En cuanto a Plom-Plom, ese no tenia de los Bonapartes sino el plomo con que durante mas de medio siglo su raza ha fusilado a la crédula humanidad. Vi a este príncipe y jeneral interino en várias revistas y paradas militares, y aunque no puede negarse que se parece mucho, especialmente a caballo, a su tio el grande, yo, como tipo militar, preferia de léjos al bizarro y simpático mariscal Mac-Mahon. No es este héroe famoso de encumbrada estatura, segun sus retratos ecuestres o de a pié lo representan. Pero mas jentil porte que el suyo, al parecer fundido en molde de elástico acero, nadie en las guerras modernas ha ostentado. Su rostro enérgico parece una roja llamarada, en que sus ojos color záfiro, estremadamente vivos, brillan como dos chispas azules desprendidas del fuego. Es el duque de Magenta un tipo eminentemente simpático, y en una ocasion en que almorzábamos juntos en Versalles, es decir, él al aire libre bajo de un olmo y yo en una de las ventanas del piso bajo del Hotel de los Embajadores, repleto de diputados (junio de 1871), pude observarle a mi sabor y a mi simpatía, a título talvez de ser ambos oriundos del mismo suelo, porque el héroe de Malakoff—*J'y suis y'y reste*—es de estraccion irlandesa, segun su *Mac* lo pregona. El a su vez, nos miraba con cierta curiosidad (me acompañaba mi excelente amigo Ruperto S. Rubio), talvez por el *Mac*, talvez porque no habia otra cosa que mirar de mas cerca en aquel laberinto humano, miéntras que en compañía de otro jeneral hacia el vencedor de Magenta su almuerzo a su manera. Consistia éste en guindas y en leche, y al verlo solver impunemente vaso tras vaso, puñado tras puñado, me preguntaba si este jénero de hombres, a prueba de indigestiones, como los semi-dioses de la mitología, viven solo de sustancias que a los simples mortales le darían cada mañana dolores de barriga, y a la larga un final cólico miserere.

Entre otros caudillos militares de la época, vi al mariscal Vaillant, un anciano de noble aspecto, pero de serviles hechos; al manco mariscal Baraguay D' Hilliers, ya mui viejo,

pero todavía belicoso; al mariscal Magnan, un gigante mui parecido a Pezet, el "peruano," que no vino a Chile con el jeneral Viel porque lo sacó de abordó en el Havre una bailarina parisiense, enamorada de su estatura; al mariscal Randon, que era casi una miniatura. y entre otros muchos en fin que no han pasado a la historia, ví en un ferrocarril, al salir de Milan, al viejo mariscal Radetzky, el vencedor de Carlos Alberto de Novara, ágil todavía, a pesar de sus ochenta años, y cubierto con un capote blanco como sus canas. Era un hombre retaco, moreno, de aire modesto, la viva imájen del jeneral venezolano Paez, con solo la diferencia del poncho del llanero a la capa del felds-mariscal austriaco. En el hermoso paseo de aquella hermosísima ciudad, Paris del sur, como Viena es Paris del centro de Europa, me mostraron tambien un jeneral bastante jóven, vestido de húngaro, que junto a unas damas estaba azotándose distraidamente las fornidas pantorrillas con un pequeño rebenque de caballería.

—"Ese es Giulay!" me dijo con voz casi sepulcral un milanés que iba conmigo, porque aquellos visires tudescos hacian temblar solo con su nombre en esos días de luto a los abatidos lombardos. El soldado húngaro, vestido de chaqueton, como Rosas y como Quiroga, era a la sazón el gobernado militar de la Lombardia. Por fortuna Maximiliano servia de moderador en su calidad de virei político en su castillo de Miramar, del cual salió para el trono postizo de Méjico y el cadalso triste y efectivo de Querétaro.

"Maximiliano non te fidare.

Torna al castello de Miramare."

XXXI.

Pero al llegar a la profecía, echamos repentinamente de ver que estabamos tratando de reyes con anterioridad a los soldados, y en consecuencia, y para dejar por entero cumplido el programa y la palabra ya empeñada, referiremos en último término que tuve el altísimo honor (mediante una libra esterlina y una corbata blanca) de divisar en su palco a la reina de la Gran Bretaña y emperatriz de la India y a

su real consorte ya mui obeso (1855), agregando que por haber dicho esto, o algo parecido, quiso un paisano mío meterme a la cárcel en Valparaíso, despues de un ruidosísimo jurado, nó de honor, sino de impreta y de partido; que en París y en Madrid conocí a las dos reinas de España, la reina madre i la reina hija, dos señoras mui gordas, y la hija castellana mas que la madre napolitana; que divisé (y casi nos atropellaron con sus briosos caballos) al emperador y a la enperatriz de Austria, que recién casados así corrían a galope su luna de miel, como si fueran los caballos de Febo en el telon de Guido; que en Ems, y a la luz de fatídicas luces de Bengala, ví entrar triunfante a la ciudad de baños al desgraciado czar de Rusia Alejandro II, hombre excelente, que todas las mañana se paseaba por las calles, seguido de un par de jigantezcos cosacos, acariciando, como Bismark, a su perro amarillo, tan grande como sus cosacos; que en el teatro de Postdam, por el cohecho de un *thaler* que alargué a un galoneado lacayo, asistí al teatro privado de los de reyes Guillerms, que se sucedieron el uno al otro, y estuvieron durante toda la cómica representacion sentados en la platea con sus esposas y su corte como cualquier hijo de vecino, y por último, que por no haber saludado a la difunta reina de Holanda (que ahora hai otra) en el magnífico bosque de hayas de La Haya, mientras ella paseaba en coche abierto y yo estaba parado distraído en un monton de arena, la escolta de lanceros que iba a su culata casi vuelve bridas para lancearme, como si los Países Bajos hubieran estado todavía bajo la lanza teñida en sangre del duque de Alba.

En contraposicion a esta reina, que decian era sábia, oí una misa (misa griega) en el oratorio de la *Kurhause* (casa de sanidad) de los baños de Ems, banca de por medio con la czarina de todas las Rusias, esposa de Alejandro II, el libertador de los siervos, a quien en agradecimiento lo mataron, y madre del fogoso emperador actual a quien, segun cuentan recientes crónicas, no domina nadie en la tierra, sino una mujer,—la suya propia, dulce princesa de Dinamarca, como la de Gales y como la de Grecia.

Hallábase la czarina madre en el camino de la tumba, pero su demacrado semblante, trabajado hondamente por la anemia, conservaba todavía los rasgos salientes de su

juvenil belleza. Era una señora alta, de facciones delicadas, de aspecto noble, de maneras dulces, y nunca ví soberana tan poderosa que en su semblante y en su apostura lo mostrara menos. La misa del fraile griego, barbudo hasta la cintura y que probablemente era uno de los capellanes de palacio, consistió en una série de reverencias y jenuflexiones hechas, no a Dios ni a su altar, sino a la czarina y a su silleta que allí era su trono.

Por lo jeneral los soberanos de Europa me parecieron hombres chicos empastados de grandes, en que la pasta era todo y el hombre... nada. Las mujeres, como que no nacen al azar al pié del trono, sino que son escojidas entre otros tronos, se muestran por lo comun mucho mas atra-yentes, como acontece a las hijas de Christian XII, rei de Dinamarca i padre de media docena de princesas buenas mozas.

XXXII.

Pero debemos concluir nuestra ya demasiado larga peregrinacion, y al hacerlo, en descargo de nuestra conciencia de hombres y de cristianos, debemos declarar con franqueza que las únicas testas coronadas que en Europa nos inspiraron interes profundo y simpatía personal y verdadera, fueron aquellos dos príncipes, poderosos rivales, que no pudiendo vivir avenidos en la misma casa, se la repartieron, quedando al uno una patria y al otro un mundo.

Habrá echado el elector fácilmente de ver que aludo a aquel héroe saboyano, que sin quitar la cruz de su estandarte, bajó del corazon de los Alpes para hacer la Italia libre, y a aquel venerable anciano, héroe de su propia conciencia, de su fé y de su deber de pontífice, que aceptando la cruz del destierro impuesta por los siglos, constituyóse voluntariamente prisionero en el Vaticano y allí sublime y cautivo murió.

XXXIII.

Yo habia divisado por la primera vez a Víctor Manuel poco despues de Novara, viudo recientemente de su anje-

lical esposa, que hoi el papa mismo trata de canonizar, y despues en Florencia paseando en su victoria abierta en los bosques del Casino, a orillas del Arno. Era hombre mui feo y de rostro airado, pero tenia la fealdad majestuosa del leon que atrae y cautiva por la doble impresion de la nobleza y de la fuerza. Al mismo tiempo habia rejistrado cuidadosamente en el palacio Pitti de Florencia aquella misma mañana la jaula de aquel leon de Saboya, de Novara i de Palestro en cuya última batalla un rejimiento entero [el 3º de zuavos franceses] al verle cargar a su cabeza con un fusil en la mano, siendo rei, le proclamó en el campo de batalla cabo 1º de sus filas, y así en esa actitud heroica ha sido puesto en una estatua.

Con la escepcion del gabinete que el actual, austero y por todos títulos venerable emperador de Alemania, poseia en su pequeño castillo feudal de Postdam, no hemos visto jamas nada mas espartano que el aposento de aquel rei conquistador que dormia en un catre de fierro de a seis pesos, teniendo a su cabecera una piel de gamuza de los *chamois* muertos por él mismo en los despeñaderos de los Alpes, todo amontonado en un cuarto sin alfombra, provisto de un ajuar que en su conjunto asemejábase no al de un rei que rejia una nacion, sino al de un cabo de escuadra que vuelve del combate o al de un cazador de los Apeninos que se echa sobre la yerba de la montaña.

No era menor la sencillez de Pio IX, que vivia y se alimentaba como un pobre, teniendo en Roma por todo postre una manzana, cual en Santiago, siendo jóven, no ostentaba en sus manteles mas regalo que una naranja de su huerto. En oposicion a la gran mayoria de los retratos que de él han quedado y en los cuales el arte adulator se ha esforzado en revestirle de las majestades de su trono universal, carecia aquel bondadoso pontífice en sus exterioridades de los brillantes atributos del humano poderio, siendo en él todo modestia y oracion. Era de cuerpo pequeño y macizo, de cara ancha y plácida, mui lindos ojos negros y de andar poco agraciado pero humilde. Su única sombra, porque fué su único orgullo, fué Antonelli.

Por las condiciones de su carácter personal y las de su alma y de su vida peregrina, que le habia llevado hasta nuestros propios lares, inspiróme aquel santo padre un

sentimiento de conmovida reverencia cuando, acompañado de los míos, le ví pocos meses despues de su cautividad en Roma (setiembre de 1870), y esa emocion acrecióse ¿por qué no decirlo? hasta el enternecimiento de inolvidable gratitud cuando contemplé al venerable anciano, en medio del rumor de sus cardenales, que semejaba casi una reconven-
cion, y de los sollozos de la muchedumbre conmovida, inclinarse al suelo para levantar en sus cansados brazos a tierna hija mia y ofrecerla en alto al Dios de los cristianos, bendiciéndola! . . .

¡Ah! quiera el cielo que esa bendicion del pontífice, junto con la del amoroso enorgullecido padre, se prolonguen mas allá de la vida y de los años, hasta el dia de la cita eterna en el viaje inacabable de la inmortalidad!

FIN



B
9
V
1
c